

Helado de nuez y pistache

Édgar Omar Avilés



Motín en la escuela

Ramón Cordero García



Entre Molotov y Lady Gaga

Beatriz Escalante



Cántrax

Nuria Gómez Benet





**INSTITUTO ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL
CONSEJO GENERAL**

Consejero presidente: GUSTAVO ANZALDO HERNÁNDEZ

Consejeros electorales: FERNANDO JOSÉ DÍAZ NARANJO
ÁNGEL RAFAEL DÍAZ ORTIZ
CARLA A. HUMPHREY JORDAN
YOLANDA C. LEÓN MANRÍQUEZ
NÉSTOR VARGAS SOLANO
BEATRIZ CLAUDIA ZAVALA PÉREZ

Secretario ejecutivo: BERNARDO VALLE MONROY

REPRESENTANTES DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

Partido Acción Nacional	Propietario: JUAN DUEÑAS MORALES Suplente: ELSY LILIAN ROMERO CONTRERAS
Partido Revolucionario Institucional	Propietario: MARCO ANTONIO MICHEL DÍAZ Suplente: ENRIQUE ÁLVAREZ RAYA
Partido de la Revolución Democrática	Propietario: MIGUEL ÁNGEL VÁSQUEZ REYES Suplente: JOSÉ RAMÓN AMIEVA GÁLVEZ
Partido del Trabajo	Propietario: ERNESTO VILLARREAL CANTÚ Suplente: ÓSCAR FRANCISCO CORONADO PASTRANA
Partido Verde Ecologista de México	Propietaria: ZULY FERIA VALENCIA Suplente: FERNANDO GARIBAY PALOMINO
Movimiento Ciudadano	Propietario: ÓSCAR OCTAVIO MOGUEL BALLADO Suplente: HUGO MAURICIO CALDERÓN ARRIAGA
Nueva Alianza	Propietaria: HERANDENY SÁNCHEZ SAUCEDO Suplente: JOSÉ ALEJANDRO PARDAVÉ ESPINOSA

**DIPUTADOS INTEGRANTES DE LOS GRUPOS PARLAMENTARIOS
CON REPRESENTACIÓN EN LA ASAMBLEA LEGISLATIVA DEL DISTRITO FEDERAL**

Partido Acción Nacional	Propietario: MAURICIO TABE ECHARTEA Suplente: FERNANDO RODRÍGUEZ DOVAL
Partido Revolucionario Institucional	Propietario: EMILIANO AGUILAR ESQUIVEL Suplente: ALICIA VIRGINIA TÉLLEZ SÁNCHEZ
Partido de la Revolución Democrática	Propietario: ARMANDO JIMÉNEZ HERNÁNDEZ Suplente: VÍCTOR HUGO ROMO GUERRA
Partido del Trabajo	Propietario: JOSÉ ALBERTO BENAVIDES CASTAÑEDA Suplente: JUAN PABLO PÉREZ MEJÍA
Partido Verde Ecologista de México	Propietario: RAÚL ANTONIO NAVA VEGA Suplente: NORBERTO ASCENCIO SOLÍS CRUZ

Helado de nuez y pistache

Édgar Omar Avilés

11



Motín en la escuela

Ramón Cordero García

33



Entre Molotov y Lady Gaga

Beatriz Escalante

81



Cántrax

Nuria Gómez Benet

111

COMISIÓN DE CAPACITACIÓN ELECTORAL Y EDUCACIÓN CÍVICA

Presidenta

Consejero electoral YOLANDA C. LEÓN MANRÍQUEZ

Integrantes

Consejero electoral FERNANDO JOSÉ DÍAZ NARANJO

Consejero electoral NÉSTOR VARGAS SOLANO

REPRESENTANTES DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

Partido Acción Nacional: JUAN DUEÑAS MORALES (propietario), ELSY LILIAN ROMERO CONTRERAS (suplente) • Partido Revolucionario Institucional: MARCO ANTONIO MICHEL DÍAZ (propietario), ENRIQUE ÁLVAREZ RAYA (suplente) • Partido de la Revolución Democrática: MIGUEL ÁNGEL VÁSQUEZ REYES (propietario), JOSÉ RAMÓN AMIEVA GÁLVEZ (suplente) • Partido del Trabajo: ERNESTO VILLARREAL CANTÚ (propietario), ÓSCAR FRANCISCO CORONADO PASTRANA (suplente) • Partido Verde Ecologista de México: ZULY FERIA VALENCIA (propietaria), FERNANDO GARIBAY PALOMINO (suplente) • Movimiento Ciudadano: ÓSCAR OCTAVIO MOGUEL BALLADO (propietario), HUGO MAURICIO CALDERÓN ARRIAGA (suplente) • Nueva Alianza: HERANDENY SÁNCHEZ SAUCEDO (propietaria), JOSÉ ALEJANDRO PARDAVÉ ESPINOSA (suplente).

Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica

RAÚL RICARDO ZÚÑIGA SILVA, director ejecutivo

Coordinación editorial: María Ortega Robles, coordinadora editorial

Coordinación de producción: José Luis García Torres Pineda, jefe del Departamento de Producción

Corrección de estilo: Nilda Ibarguren, analista correctora de estilo

Formación: José Luis Guerrero Hernández, analista diseñador

Ilustración: Kythzia Cañas Villamar, analista diseñadora

Autores: Édgar Omar Avilés, Ramón Cordero García, Beatriz Escalante, Nuria Gómez Benet

Documento aprobado por la Comisión de Capacitación Electoral y Educación Cívica el 21 de agosto de 2012.

D.R. © **Instituto Electoral del Distrito Federal**

Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica

Huizaches 25, colonia Rancho Los Colorines, delegación Tlalpan

14386 México, D.F.

www.iedf.org.mx

Primera edición, septiembre de 2012

ISBN: 968-5505-49-7 (colección)

ISBN: 978-607-7989-47-9

Hecho en México

Lo expresado en esta obra es responsabilidad exclusiva de los autores.

Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta.

ISBN para versión electrónica: 978-607-7989-70-7

PRESENTACIÓN

El Instituto Electoral del Distrito Federal tiene la satisfacción de poner en manos de la ciudadanía un nuevo volumen de la Colección Abriendo Brecha. Los cuentos que lo integran abordan, cada cual desde su particular perspectiva, un tema crucial de nuestra vida actual: la cuestión de la confianza. Tanto en las personas como en las sociedades, ésta constituye un factor que marca la vida y el rumbo, al ser capaz de generar fuerzas poderosísimas cuando existe, o de imposibilitar cualquier acción o avance social cuando está ausente.

Y es que la confianza genera certeza, y la certeza es básica para construir. Confiar en alguien significa estar seguros de esa persona, ciertos de su proceder, de que no nos va a defraudar en de-

terminada situación. Por ello, cuando confiamos estamos dispuestos a dar, a apoyar, a compartir; en consecuencia, nuestra actitud hacia los y las demás es más abierta, más positiva, más comprensiva. La confianza es como un delgado hilo que va tejiendo lazos, sutiles pero muy fuertes, entre las personas.

Por eso, la construcción de confianza es un aspecto clave en el desarrollo de toda convivencia democrática, en este caso, la de nuestra querida Ciudad de México. Es un ejercicio que comienza con las primeras relaciones que va estableciendo el individuo en su ámbito familiar y comunitario, para extenderse luego a otras esferas de la vida social donde desarrolla sus actividades. Es un elemento indispensable para el fortalecimiento del tejido social y para la generación de una participación ciudadana y política responsable. Las historias que aquí se presentan invitan a una valoración de su importancia.

En “Helado de nuez y pistache”, Édgar Omar Avilés ofrece un imaginativo relato a través del cual se presentan, metafóricamente y con crudeza, las consecuencias que podría tener en una sociedad la ruptura de la confianza provocada por la

transgresión de principios básicos. La trama describe cómo el orden natural de las cosas resulta desquiciado por la pérdida de las normas que regían la vida, y el funcionamiento regular es suplantado por el caos, con la consecuente alteración del movimiento global. Es un cuento que invita a una reflexión profunda sobre la responsabilidad que cada uno de nosotros tiene en el mantenimiento de un orden armónico en la sociedad.

Ramón Cordero García aborda en “Motín en la escuela” el tema de la confianza desde la perspectiva personal de un adolescente que vive una situación de acoso e impunidad, difícil de resolver debido a la falta de apoyo de su familia y de la autoridad escolar, que en lugar de indagar en los hechos convalidan la injusticia. El sentimiento de frustración e impotencia que provoca en el personaje esta falta de confianza de parte de quienes supuestamente deberían poner las cosas en su lugar sólo logra ser superado gracias al apoyo de otro adulto, que sí confía en él, y a una firme decisión personal, compartida con otros compañeros, de actuar con inteligencia para lograr una solución justa.

El cuento de Beatriz Escalante, titulado “Entre Molotov y Lady Gaga”, trata de una adolescente

en conflicto interno con su realidad cotidiana. Un sentimiento de exclusión social, mezclado con un profundo descreimiento y falta de confianza en las normas sociales, permea todas sus vivencias y genera en ella una actitud desafiante y transgresora que se contrapone a los infructuosos intentos de su abuela por inculcarle valores que normen su conducta. El relato llega a su punto culminante cuando su actitud rebelde la lleva a vivir una experiencia que la confronta fuertemente con la realidad y la induce a tomar conciencia de que también ella puede incidir en el rumbo de su vida si se decide a ejercer su capacidad de elegir, tal como siempre le ha dicho su abuela.

Nuria Gómez Benet presenta en “Cántrax” una simpática historia de dos adolescentes que, con sus mascotas, se vuelven de pronto víctimas de una situación ocasionada por la conducta inescrupulosa de un individuo que abusa de su confianza y lucra con el engaño a que los somete, lo cual tiene consecuencias lamentables que lastiman la afectividad de los protagonistas. En el cuento, como en la vida real, a los antivalores se contraponen valores, que en la ficción encarnan en personajes cuya conducta restablece el equili-

brio y la confianza, por ser expresión auténtica de sentimientos nobles.

El Instituto espera que quienes se adentren en las páginas de este libro disfruten con su lectura y reflexionen sobre el contenido de las historias, a la vez que agradece a los autores y las autoras, de reconocida trayectoria en el mundo de la creación literaria, el haber aceptado participar en este esfuerzo de construcción de la cultura democrática en el Distrito Federal.

INSTITUTO ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL

Helado de nuez y pistache

Édgar Omar Avilés

Édgar Omar Avilés nació en Morelia, Michoacán, en 1980. Es maestro en Filosofía de la Cultura, licenciado en Comunicación y diplomado en la Escuela de Escritores de la Sociedad General de Escritores de México.

Es autor de cuatro libros de cuentos: *Cabalgata en duermes-vela* (Tierra Adentro, 2011. Premio Nacional de Cuento Joven “Comala” 2011); *Luna Cinema* (Tierra Adentro, 2010. Premio Nacional de Cuento de Bellas Artes “San Luis Potosí” 2008); *Embrujadero* (Secretaría de Cultura de Michoacán, 2010. Premio Michoacán de Cuento “Xavier Vargas Pardo” 2010), y *La noche es luz de un sol negro* (Ficticia, 2007. Mención honorífica en el Premio Nacional “Agustín Yáñez” 2004). También ha publicado su novela *Guiichi* (Progreso, 2008).

Entre otros, ha ganado el Premio Nacional de Cuento “Magdalena Mondragón” 2006, el Premio Binacional de Cuento “México-Québec” 2003 y el Premio de Cuento Breve “Punto de Partida” 2002. Ha sido seleccionado en una veintena de antologías, entre ellas en las ediciones 2004 y 2005 de *Los mejores cuentos mexicanos* (Joaquín Mortiz). Figura como becario de Jóvenes Creadores del Fonca 2009-2010 (cuento) y 2011-2012 (novela).

El padre mira al hijo. Mientras la cuchara co-
peteada de helado de chocolate entra en su boca,
el hijo, Esteban, le regresa la mirada al padre,
Alberto. El pequeño no comprende el motivo
de que estén en la heladería, pero piensa que su
padre es lo máximo. Alberto, viéndolo conten-
to y receptivo, se aclara la garganta: —Esteban-
cito, necesito contarte algo muy importante —y
está por hacerlo cuando el mesero tropieza. Una
malteada de fresa se derrama sobre la camisa azul
cobalto del padre.

—Disculpe... —dice el mesero, que en vano in-
tenta limpiar la camisa con una servilleta—. Si me
lo permite, la lavaremos. Además de mesero, soy
el dueño... —el mesero y dueño es un viejo de poco
más de setenta años.

El niño deja el helado, Alberto tiene las mejillas rojas de un enojo mal contenido.

—Odiaría que esta hermosa convivencia entre padre e hijo terminara... Todo el helado que gusten irá por cuenta de la casa —le guiña un ojo a Esteban—, y le prestaré una camisa... Yo soy un poco más alto, usted un poco más fornido, pero creo que somos de la misma talla... Mientras, lavamos y secamos la suya.

—Todo el helado... —exclama Esteban—, ¡eso es supermaravilloso! —el pequeño voltea a ver a su padre. Sus ojos brillan como soles. Al padre no le queda sino tomar un bocado de aire y aceptar.

—Bien... Está bien...

—Entonces, señor, lo invito a pasar al baño para quitarse la camisa. Mientras, yo iré por una mía —el anciano frota la cabeza de Esteban, luego se retira. Es un viejo fuerte, pero los años ya le pesan. Esteban sonrío muy contento por el buen negocio.

—Voy a cambiarme, ahorita que regrese platicamos... —se incorpora. La tabla de la mesa es azul y las sillas amarillas, el piso blanco. Mientras camina rumbo al baño ve el cliché de fuente de sodas: fotos enmarcadas de Marilyn Monroe, James

Dean y viejos motivos de Coca-Cola... Le parece un lugar demasiado juvenil para él y demasiado adulto para Esteban. Pero el helado es delicioso y la música pop de fondo da la privacidad necesaria para platicar de todo, hasta de aquello que está por decirle a su hijo. Desde el divorcio, la vida le ha sido complicada tanto en lo económico como en lo emocional: tiene que aprovechar al máximo las horas de custodia que le tocan de su hijo. Cuando está por entrar al baño, el anciano, corriendo tanto como se lo permiten sus endebles piernas, alcanza a llevarle la camisa prometida. El padre cierra la puerta. Cuando la abre, descubre que el anciano lo espera.

—Vaya, pues le ha quedado muy bien.

—Es una buena camisa... Yo esperaba...

—Esperaba una camisa de poliéster barato...
¡Sólo lo mejor para mis clientes!

Alberto asiente, luego da media vuelta rumbo a la mesa. Pero antes de dar un paso, el anciano lo toma del hombro.

—Tú no vas a ninguna parte, cabrón —el padre voltea. El anciano tiene la mirada firme. Aquella mano le aprieta el hombro como si fuera una garra.

El padre está a punto de aventar al anciano, pero algo, quizá la dureza de la mirada surcada de arrugas, lo detiene.

—Prestarme tu estúpida camisa no te da derecho a...

La estridente música de fondo es un pop juvenil casi pasado de moda.

—Lo que estás por hacer con ese niño es una canallada...

El padre afloja el cuerpo, desconcertado. El anciano retira la mano de su hombro. Han quedado frente a frente.

—No entiendo qué fregados... —entre sus palabras se ha colado un tartamudeo.

—Sé que piensas pedirle que robe para ti las escrituras de los terrenos de su madre, tu ex esposa.

—Loco decrepito... —pero Alberto está nervioso. Nadie puede saber aquello porque a nadie se lo ha contado.

—Piensas que esos terrenos te corresponden, que el juicio de divorcio fue injusto... Tal vez tienes razón... Pero lo que estás a punto de hacerle a Esteban es terrible. Le dirás que mientras su madre duerme tome de su bolsa la llave del

baúl y saque las escrituras y que tú lo esperarás afuera de la casa para que te las dé...

El padre traga saliva. No mueve ni un músculo. La mirada dura como piedra.

—No entiendo de qué... —no encuentra las palabras. No quiere inculparse, pero un nudo en la garganta le impide desmentir aquello.

—Claro que entiendes... Estás por pedirle que abuse de la confianza de su madre. Ganarás millones, pero lo habrás corrompido para siempre...

—Quieres dinero, ¿verdad? ¿Quién chingados eres?

—Aún no me creerías si te digo quién soy... Vengo del futuro.

—No digas estupideces. ¿Cuánto dinero?

—No busco dinero... Sólo necesito contarte algo...

—¿Por qué habría de escuchar a un loco?

—Porque no hay forma de que supiera lo que te acabo de contar...

Alberto mira al viejo, luego voltea a ver a su hijo. Quiere ir por él y marcharse, pero el hombre tiene razón: no hay forma de que supiera todo aquello.

—Esteban nos esperará. Tendrá todo el helado que quiera mientras te cuento lo que tengo que

contarte... Ya sabemos que le gusta mucho el helado, sobre todo el de nuez y pistache. Luego podrás irte, no le diré a nadie lo que planeas hacer y la camisa que traes será tuya. Sólo dame unos minutos.

El padre toma una bocanada de aplomo, resignado a escucharlo y luego marcharse a otra heladería. El viejo sonrío y se aclara la garganta.

—Quiero que sepas que Esteban lo consigue. Es un chico listo. Obtienes las escrituras de los terrenos y logras ponerlas a tu nombre. Una artimaña con la que “recuperas” varios millones que pensabas perdidos. Pero la confianza es algo muy frágil y tu hijo queda roto por dentro. Abusas de la confianza que él te tiene y tu ejemplo le hace perder respeto por todo y por todos: aprende que la forma de ganar es pisotear a los demás. Haces que él se burle de la confianza de su propia madre y él en algún momento se da cuenta de esto. Y así, Esteban crece creyendo que los demás son meros objetos para cumplir sus fines... Luego de este día, suceden muchas historias tristes, horribles, de cómo reproduce el mal ejemplo que tú le diste... Pero me he de saltar la mezquindad de esas historias para concentrarme en el mundo de tu hijo cuando

ya es un adolescente de dieciocho años: unos doce años después. En realidad son dos historias. En la primera él no es el protagonista, sólo sale al final. El protagonista es un niño de la calle apodado El Chichorras... Y en la segunda historia tampoco es el protagonista... Sé que no me entiendes, pero ya me entenderás. ¿Sabes?, he pensado tanto, tanto, cómo explicarte, y ahora que estoy contigo todo me resulta tan confuso... Pero también sé que tu ex esposa te permite sólo unas horas con tu hijo y que ya te quieres ir... La primera de las historias la he llamado “Estelar” –y el viejo se aclara la garganta, muy parecido a como el padre lo hizo en la mesa con su hijo.

Estelar

Limpia parabrisas durante todo el día, luego inhala su bolsa de resistol. La vista se le pierde, junto con el hambre, el cansancio y la tristeza.

Ahora camina rumbo a una ruinoso casucha en donde pasa la noche junto con otros treinta muchachitos, pero un ser hermoso, frágil y plateado le toca el hombro, preguntándole con su voz de miel:

—¿Cómo te llamas?

—¿Yo?, pues soy *El Chichorras*.

—Sí, ahora recuerdo quién eres: el de los ojos lejanos, el de las esperanzas muertas, el de los cariños truncos.

—¡Chale...!, qué pendejadas... Y si según ya sabes, ¿para qué preguntas?

—Yo soy quien salvará tu vida de la carcoma de las fieras.

—¿Car-qué? Vete a burlar de tu abuela...

—Vengo a mostrarte un lugar donde serás considerado humano. No escupirán tu rostro, tampoco tu alma. Tendrás un presente y un futuro sin vicios, sin prostitución, sin maltratos.

—Mejor dame para un taco o... ¿De qué chingados estás disfrazada?

—Te engañas si crees que es un disfraz. Acompáñame, esta invitación no la tendrás dos veces.

Cuando ve las alas, el niño abre mucho los ojos. Luego se arrodilla y besa las zapatillas del ser.

—Me han mandado para ser tu guarda. Levántate y dame tu mano.

Sin soltarse, corren, no voltean atrás. Las alas devuelven el brillo a la Luna, la cual arroja terciopelo de sombras en la calle. Corren por un laberinto de calles, banquetas, plazas y jardines.

—Pasa, la puerta está por abrirse. Comprendo que tengas miedo, pero no tienes de qué preocuparte.

—Sí, no... Un poco —balbucea nervioso, intimidado por la elegante fachada del lugar—. ¿Dónde está Dios?

—Algunas veces nos visita en Estelar, nuestro planeta. Platicamos mucho con Él... Pero tal parece que a la Tierra ya la olvidó.

El Chichorras se descubre en un cuarto redondo. En la oscuridad resplandecen miles de puntos blancos.

—Esto me recuerda una vez que me llevaron al planetario.

—Es el mapa del Universo, ahora estamos aquí —pronuncia mientras señala.

El niño jamás había visto dedos más delicados.

Las luces se prenden. Se percata de que está rodeado de una increíble gama de juguetes.

—Todos, todo será tuyo... También la dignidad —y le ofrece una caricia en el mentón que el niño acepta aturdido. No cree merecer tanto.

Uno a uno el ser le muestra los juguetes, cuyas sofisticadas formas al Chichorras le resultan algo más que maravillosas.

—Eres un elegido, serás al fin libre.

—Ya soy bien libre...

—Sólo has sido libre de estar indefenso en la guerra por sobrevivir...

Guardan un minuto de silencio. Música sacra rebota en las paredes.

—Entonces, ¿quieres venir a donde vivo o ser parte de la historia que nadie leerá?

—Voy con usted.

—El viaje es largo.

—¿Será en esta nave?

—No: será volando como pájaros, como ángeles —y le muestra un par de soberbias alas, que descuelga de la pared—. Póntelas.

Con emoción, el niño se las coloca en la espalda.

Sin esperar a que las preguntas embistan al silencio, se encaminan a una barranca cercana. El extraño ser le narra el maravilloso mundo que pronto será su hogar.

—En Estelar la primavera dura todo el año y los árboles están tan cargados de frutos que parece que a propósito se inclinan para regalarnos sus delicias... Allá, una familia muy buena ya quiere sentirte entre sus brazos, porque te han adoptado. Uno de tus hermanos se llama Andreiv, es casi de tu edad. Para ti, ahora todo estará bien; en Estelar

no hay golpes ni hambre –le muestra un par de fotografías del que pronto será su hogar.

El niño está atónito, en sus ojos chispean las estrellas.

—Tú saltarás primero –ordena con dulzura el ser.

El fondo produce eco con las palabras.

—¡Pero me voy a caer!

—Tal vez... si yo no estuviera contigo. Pero ya tienes un ángel de la guarda.

El niño salta, sabe que será cansado; pero en su rostro por primera vez se pinta la esperanza, porque pronto llegará a Estelar, aquel mundo que orbita alrededor de la primera estrella de la Osa Mayor, en donde se encontrará con el ser en unas semanas, en pocas, si es que aletea con tesón. Los brazos extendidos, risas y lágrimas de felicidad vuelan por los aires.

El sublime ser da media vuelta. En el camino se va retirando el maquillaje, el corsé, la peluca, los prendedores, las alas. También las zapatillas de alto tacón, que cambia por unos tenis.

El claxon de un BMW rojo atrae su atención. Se estaciona a un par de metros. La puerta se abre. Se distinguen unos lujosos asientos y cuatro jóvenes también vestidos con ropas plateadas. Alan

está al volante, su novia Fernanda va de copiloto, Bryan y Esteban hacen un espacio en el asiento trasero. Saludan a Selma sirviéndole una copa de whisky. Preparan líneas de cocaína sobre sus tarjetas de crédito doradas.

—O sea, El “Chi-cho-rras” babeaba al escucharme hablar de Estelar... Wey, pobre pendejito, en verdad creyó que yo era su ángel de la guarda... De tener ángel, claro que no sería alguien como yo: sería un murciélago –dice Selma y luego da un trago a su whisky.

Entre la charla, cada uno narra su experiencia como ángel, luego se prometen repetirlo las siguientes noches.

—Hasta que terminemos de rellenar la barranca con esa basura –dice Esteban, y todos se carcajean tan fuerte que parece un rugido.

Suben el volumen a la música electrónica. Sienten los rechinidos de los neumáticos por los continuos acelerones. Algo de pronto golpea insistentemente el cristal polarizado. Selma se percata y acciona el botón para bajarlo. El aire acondicionado se enreda con el hollinoso aire de la ciudad. Selma se queda con la mirada petrificada, con un grito atorado en los pulmones.

Alan baja su cristal para ver lo que supone una motocicleta que se les emparejó y decirle al tipo que le está coqueteando a Selma que se vaya a la fre-gada. Pero Alan queda mudo mientras el otro dice: —Uy, pero en carro van a tardar bien harto en lle-gar a Estelar.

De la conmoción, sus manos temblorosas no res-ponden para girar el volante en la siguiente curva. Antes de quedar prensados entre los desechos del BMW, lo último que ven los cinco juniors es a un nú-mero igual de harapientos muchachitos, casi niños, que afanosos y entre risas agitan sus alas hasta perderse entre las espumosas nubes que arden con la luz de la Luna.

—Y aquí termina la primera de las historias, Al-berto. Tu hijo Esteban, al que le pagas todos los lu-jos que se le antojan tras el excelente negocio que haces con los terrenos, muere a los dieciocho años en ese choque. Por cierto, Esteban fue quien indujo a los otros muchachos a divertirse matando niños de la calle. El mecanismo fue, justamente, aprove-charse de la confianza. Tú fuiste el causante de su muerte y de la muerte de los otros muchachos...

—No digas tonterías... ¡Se van volando! Eso es imposible...

—Hay una explicación que sin embargo es aún más asombrosa.

—¿Que había colchones en el barranco o que eres un viejo loco?

—El Orden del Universo no permitió que los niños murieran. Ese acto infame, burlarse de la confianza y de la vida de esos niños, desquició el orden natural de las cosas... Ya han pasado infamias como estas en la historia de la humanidad, pero esta coincidió con un alineamiento de los astros: estrellas, galaxias...

—¡Los astros! —Alberto hace una mueca de fastidio—. Tienes mucha imaginación...

—Lo que a continuación te contaré inició justo en el momento en que los niños volaron... Aunque una vez que comenzó, el tiempo dejó de tener sentido... Te sonará inaudito, pero así ocurrió y necesito de toda tu atención... —el viejo sonríe. Alberto no puede evitar sonreírle, como un acto reflejo.

—Anda pues, cuenta, rápido, para que me pueda ir...

—...Como respuesta cósmica, la naturaleza también perdió su palabra de honor. El Universo se convirtió en un Gran Mentiroso: el Sol empezó

a salir a la hora en que se le ocurría; si tirabas algo podía caer al piso o irse al cielo o quedarse flotando: la ley de la gravedad era un capricho... La primera mentira fue para evitar que los niños de la calle murieran. Yo creo que esa fue una buena mentira, pero la confianza es como un diente de león que se puede destruir de un soplido... Y el Universo, enloquecido de furia, decidió olvidarse de todo lo demás. La siguiente historia tiene por protagonista a una viejecita y la he llamado: “Las reglas rotas”.

Las reglas rotas

La viejecita suspira, recordando que la noche anterior soñó que jugaba fútbol, pero de pronto sobre la mesa surgen dos flores moradas. Rápidamente la viejecita toma de nuevo sus crayones y apunta en una cartulina la fórmula con que las creó: un caracol de jardín, cinco chicles de menta pegados bajo la mesa formando una estrella y un profundo suspiro. Sabe que reaprender no es fácil, pero todos –quieran o no– pueden descubrir alguna nueva ley. Las cartulinas de la viejecita están repletas de ellas: un gato gris sobre una mesa de billar jugueteando con una bola 8 da como resultado que le

crezcan ojos en las rodillas a quien observe aquello; si el reloj marca las 2:34 de la noche cuando una niña albina saca la lengua mientras salta la cuerda, entonces la Luna se pintará de color rosa por casi media hora. Nadie sabe cómo, simplemente un día en los libros de Newton, Einstein, Pascal y Bohr ya no se pudo confiar.

“¡Algo extraño le pasó al Universo, algo que lo ha convertido en una pesadilla!”, grita la viejecita, no sin temor de convertirse en un renacuajo o de explotar en mil pedazos como a muchos otros les ha ocurrido, al estar usando, sin saberlo, alguna combinación peligrosa.

Su gato está prendido, dando las noticias de los insólitos acontecimientos. Su gato se convirtió en televisor luego de que al mediodía persiguiera a una lagartija mientras recibía la sombra de una nube con forma de dragón.

El mundo es una espantosa fantasía: hombres gigantes como torres o tan enanos como confeti, pollos que parecen plantas, estrellas con forma de casas y el mar por ratos parece gruñir; dice el conductor del noticiero que se escucha a través de la boca del gato y se ve en los enormes ojos como platos del felino. “Hoy las leyes del mundo han perdido su palabra de honor, son caprichos y hechizos,

pero algún día dominaremos nuevamente todas estas maravillas...”, susurra la viejecita, oliendo una de las dos flores moradas que surgieron hace ya varios días sobre la mesa.

“Es como en la época de los hombres de las cavernas, donde parecía magia que al golpear fuertemente dos piedras se produjera fuego...”, piensa, muy cansada, pues toda la semana ha trabajado duro y la noche avanza rápido; pero siente que dormirá satisfecha, tras ensayos, errores y mucha suerte ha logrado dominar el fuego: sabe que lo obtiene si vierte gotas de sangre en una mariposa nocturna.

“Ojalá vuelva a soñar que juego fútbol”, piensa la viejecita mientras cierra los ojos para aguardar un nuevo día de investigaciones, pero tiene comezón y se rasca tres veces la barbilla y bajo su cama un ratón come unas migas de pan de ajo y se escuchan siete disparos a lo lejos. Entonces, de pronto, su corazón se convierte en un cacto y cae muerta. Cuando el cadáver se está pudriendo, algo ocurre: los gusanos que devoran sus intestinos son novecientos catorce, el viento que golpea contra las ventanas ocasiona que un cristal se rompa y queden cuatro aristas como si fueran colmillos y en el hospital más cercano una mujer da a luz a siete niños: uno de ellos nace sin cabeza, por eso,

justamente por eso, yo aparezco de pronto, ahí, a un lado de la anciana agusanada, sin mayor explicación. Soy Esteban, tu hijo: pero un Esteban ya viejo que no murió a los dieciocho años en un choque porque su padre le corrompió el alma; un Esteban que creció valorando la confianza. Que tuvo errores, pero que nunca engañó a ningún niño de la calle para que se arrojara a un barranco y por lo tanto no desató la furia de la naturaleza.

—Ahí estaba yo: en ese mundo terrible proviniedo de otro mundo en el que me hubiera gustado existir. Cuando vi a la viejecita agusanada supe que su labor, aunque noble, era un despropósito: nunca podría domar las nuevas reglas del universo, porque esas reglas nunca serían las mismas; sólo eran caprichos, burlas y mentiras. Y la humanidad y la vida serían juguete de ese universo en el que no se podía confiar.

—Así que te crees mi hijo... ¿Me río o llamo al manicomio?

—Soy lo que pudo ser tu hijo.

—¿Cuántos años tienes?

—Setenta y dos.

—Demencia senil.

—Sabía que yo no era parte de esa realidad terrible donde la confianza fue destruida: que no fui rico pero fui un buen niño, un buen joven y de adulto me dediqué a contar cuentos, a escribirlos, a publicarlos y con ese oficio me fui haciendo viejo; pero sólo lo sabía pues esa vida nunca la viví... Ahora estoy contigo y durante meses preparé este momento, sabiendo que sólo tendría unas horas de gracia para regresar al punto donde todo empezó...

—Tu historia es estúpida. Quizá tienes algún tipo de amnesia. Pero ya te escuché...

—Sí, ya te puedes ir —el viejo lo mira a los ojos. Alberto le regresa la mirada, luego se da media vuelta y se dirige a la mesa.

—Uy, he probado de muchos sabores. ¡El más delicioso de los deliciosos es el de nuez y pistache! Será mi favorito...

— Bueno... Pero ya nos tenemos que ir...

—¿Qué tanto platicabas con ese señor?

—Me hablaba de política y esas cosas aburridas.

—Ah... ¿Y qué era eso tan importante que me ibas a decir...?

Esteban mueve las manos de una forma que vagamente le recuerdan los modos suaves del vie-

jo; en sus ojos, al sonreír, cree adivinar pequeñas arrugas.

—Que necesito que esta noche, cuando tu madre duerma, vayas y —el padre junta las manos a la altura de la boca, se las resopla como si tuviera frío—..., y le des un beso. Dile que le deseo lo mejor de la vida.

—¿Sólo eso?

El padre mira de reojo al anciano, ve en él cierta disposición de los hombros, una forma de respirar, una dignidad serena.

—Sí, sólo eso —lo toma de la mano y salen de la heladería.

Motín en la escuela

Ramón Cordero García

Desde niño, Ramón Cordero García es un curioso obstinado al que le encanta aprender, aunque detesta la escuela. Rara contradicción, porque fue profesor durante treinta y un años en la Universidad Autónoma Chapingo y estudió como alumno por veintiséis años en un montón de instituciones distintas, todo eso con la intención de comprobar que no se aprende de memoria sino entendiendo y que son más importantes las preguntas que las respuestas.

Comenzó a escribir al descubrir que la palabra es capaz de “contaminar” a las personas con ideas nuevas y diferentes, pero casi no tecléa libros porque éstos son leídos por muy pocas personas. Prefiere los medios que esparcen las ideas como hace el viento con el polen, y por ello es que escribió varios cientos de guiones para programas infantiles de Radio Educación y otras estaciones culturales, colaboró varios años como escritor en el suplemento infantil “Uno Dos Tres por Mí” del periódico *La Jornada* y exprimió su cerebro entregando tres artículos semanales para el portal educativo *Sepiensa* (www.sepiensa.org.mx) durante casi un lustro.

Sus textos son educativos, pero hace lo posible para que no se parezcan en nada a una clase y es un vago profesional que trabaja puntualmente para tener más tiempo libre.

¡Culpable!

Para Pablo, lo que sucedía era surrealismo puro, un sueño muy extraño o hasta una horrenda pesadilla. Era increíble que él, estudiante no tan dedicado pero siempre con buena conducta, se encontrara en la oficina de la dirección sometido a un juicio sumario en el que pretendían echarlo de la escuela bajo el cargo de haber agredido con violencia a Roberto.

“¿Agresión a Roberto? ¡Por favor...! Eso equivaldría a que demandaran a un ratón porque lastimó la pata del elefante que lo pisoteó.”

Resultaba absurdo mirarse vapuleado y magullado, con el director en acuerdo al escuchar la sarta de exageraciones y el parloteo sobreprotector de la madre de Roberto. ¿A poco nadie razonable iba a evitar el linchamiento? ¿Cuándo llegaría su

papá o su mamá? ¿Acaso nadie pondría medio gramo de sensatez en esta locura?

El muchacho temía, y mucho. Roberto era una montaña que lo había dejado como a boxeador mal entrenado, pero la mamá –además de ser gigantesca también– estaba convertida en una fiera que manoteaba en el escritorio de la dirección, gritaba pidiendo justicia y amenazaba con demandar a la escuela, al director y a todo aquel que no envolviera entre pétalos de rosa al patán de su hijo. Por momentos Pablo creía que se le vendría a golpes la señora y ya no le quedaba mucho espacio para nuevos moretones.

Por supuesto que este cuadro tenía antecedentes desde meses atrás y, sin ellos, existe el riesgo de quedarnos con la impresión de que un acobardado Pablo intentaba evadir su responsabilidad en el pleito. Así pues, es necesario remontarse al origen de los acontecimientos encadenados desde el comienzo del semestre.

El inicio de cursos

Cuatro meses atrás Pablo se sentía bastante cómodo en la escuela preparatoria, como puerco en

lodazal. Qué diferencia con la secundaria, en la que la gente adulta se empeñaba en tratar a compañeros y compañeras como si aún acudieran a una guardería. Aquí era un joven en toda la extensión de la palabra y eso se notaba en el trato de profes y profetas. Y claro, no era para menos al haber chavos en los grados superiores que ya hasta se afeitaban, o bien, chicas a las que les hubiera hablado de usted en caso de haberlas conocido en el supermercado o una oficina.

Es innegable que, a la par, había sufrido un poco con la adaptación al nuevo ambiente y eso mantenía relación con varias cosas. Primero, la inseguridad por su apariencia personal, ya que ahora no había uniforme escolar y en su casa no sobraba el dinero para comprar ropa muy perrona. Por otro lado, la galanura y la moda le habían importado un reverendo cacahuete hasta ese momento, sin embargo, ahora las cosas eran distintas con tantas guapas, el interés surgido hacia ellas y el aleteo de otros zánganos con mejor pinta que les revoloteaba alrededor.

Otra complicación surgida del nuevo ambiente consistía en que ya no era de los grandes de la secundaria, sino de los pequeños en el ciclo del

bachillerato: el lugar que le tocaba ocupar en lo que llamaban “la cadena alimenticia”. Para decirlo más claro, quién se comía a quién en la prepa. Como parte del nuevo ingreso había que ganarse el respeto de los y las que llevaban más tiempo ahí. De eso dependía poder usar la cancha del patio o hacerse a un lado; tener probabilidades favorables de que las niñas más populares lo saludaran a uno y hasta quisieran platicar; escoger en qué sitio del salón sentarse. El fracaso en esa tarea de ganar un nicho significaría pasar los tres años siguientes con una especie de sello en la frente que dijera: “Ignórame porque soy un perdedor”.

El buen Pablo optó por la extravagancia que no respetaba convencionalismos y, según él, le daba un aire interesante con el que no pasaría inadvertido. Comenzó a usar zapatos de color diferente en cada pie y los alternaba cada día, empleaba cantidades industriales de gel para peinarse lo más relamido posible y semejar un gánster de Chicago, vestía un saco grande —de pachuco— que perteneció a su abuelito y complementaba el atuendo con una corbata de moño de esas que ya están en proceso de extinción. Lo mejor es que parecía funcionar, aunque no sabría decir si en realidad lo consi-

deraban interesante o más bien le creían enfermo psiquiátrico. Lo contundente es que nadie evitaba voltear para verlo.

En fin, que la vida escolar transcurría sin sobresaltos y ya contaba con dos excelentes amistades, Julieta y Fernando, con los que de inmediato formaron equipo para las actividades escolares.

Julieta era propietaria de las condiciones necesarias para ocupar el sitio de la mejor amiga. Simpatiquísima y bromista, con ocurrencias ingeniosas que se sucedían una tras otra al estar en vena; burlona feroz que lo hacía polvo si resultaba necesario, pero que de igual forma era implacable consigo misma; aficionada a las películas de terror; interlocutora con la que platicaba de cualquier tema con un ingrediente muy emocionante: que el diálogo era enriquecido con la interesantísima y desconocida visión femenina. Un rasgo muy suyo era la afición por las computadoras y la tecnología digital.

Fernando era su carnal, a él lo unían el gusto por la lectura y las reflexiones profundas sobre la inmortalidad del cangrejo, siguiendo con el complicado dilema de creer o no en la existencia de un dios para finalizar con las especulaciones acerca

de cómo sería pasar de la teoría a la práctica en cuestión de sexo. Fernando aborrecía el fútbol y compartía con Pablo la preocupación por las mismas inseguridades comunes en los muchachos de su edad, a saber: ¿de plano se me notan tanto los barros?; ¿cómo se consiguen unos músculos como los de los galanes que salen en la tele?; ¿es mi imaginación o en verdad tengo cara de bobo?; ¿qué tan grande es la diferencia entre lo guapo que me ve mi mamá y cómo me ven las chavas?

Lo que más le agradaba de Fernando y Julieta era su independencia. No pertenecían al tipo de personas que tratan de quedar bien con otros, sino que parecían más de su estilo, con ideas y opiniones propias.

Al mismo grupo y salón pertenecía Roberto, con el que no se llevaba y jamás serían amigos. Como en la física –donde polos del mismo signo se oponen– Pablo y Roberto tenían bien puesto el signo negativo para cualquier tipo de trato entre ellos. Ambos percibían lo mismo y con sabiduría guardaban una prudente distancia. Aprovecharse de la fuerza e incitar a otros para que lo hicieran, era algo que Pablo no admitía y Roberto disfrutaba.

Tuercas, tornillos y una muy extraña amistad

Pablo mostraba interés particular por los fierros y las herramientas, quizá porque desde niño había tenido a su alcance relojes viejos, trebejos y aparatos electrónicos descompuestos para jugar. Poseía una habilidad para las reparaciones que superaba bastante a la de su papá, al que también le gustaba intentar arreglos que, con excesiva frecuencia, terminaban en fracaso con piezas sobrantes.

Una o dos veces por semana daba la vuelta por “El Surtidor Tlapalero”, un pequeño negocio ubicado a dos calles de la casa. Un local con menos de cincuenta metros cuadrados, pero en el que había y cabía de todo: lazos, clavos y tornillos de cualquier tipo, herramienta, refacciones, artículos de plomería, soldadura, malla de alambre, anteojos de protección, esmeriles, navajas suizas, dispositivos eléctricos y toneladas de objetos por el estilo. Lo más llamativo para el muchacho eran los aparadores que daban a la calle y que sistemáticamente eran renovados, por lo que las sorpresas no faltaban. Pablo rara vez adquiría algo sin haberlo estudiado con detenimiento y haber imaginado para qué serviría; de cualquier manera, era un mirón consue-

tudinario que en cada visita invertía un buen rato en observar el inventario expuesto –actividad que realizaba en solitario porque nadie que conociera compartía la pasión por destornilladores, serrotes y pegamento.

Fue un viernes por la tarde cuando, pegado al cristal de la vitrina, sintió que le tocaban la espalda. Volteó un poco sorprendido y en actitud defensiva, antes de darse cuenta de que la persona a su espalda era el propietario de la tienda, don Jesús.

—¿Te gustan los fierros? –preguntó con cordialidad el señor.

Ya repuesto del asombro, Pablo respondió que sí.

—Ya me había fijado en que vienes bastante seguido. Diría que eres mi mejor cliente, pero eso no es tan exacto porque compras pocas veces.

El comentario, que al joven le pareció una crítica, provocó una mueca de molestia.

—Oye chamaco, tengo curiosidad por saber de qué andas disfrazado –expresó con auténtico interés el hombre–, ¿trabajas con malabares en los semáforos?

Esa ocurrencia del anciano provocó que el enojo inicial de Pablo se transformara en una franca carcajada contagiada a don Jesús.

El señor ya no preguntó más, comprendió que sería molesto insistir sobre el tema. Ambos permanecieron un rato con la vista en el aparador, y don Jesús rompió el silencio con una confianza.

—¿Sabes?, desde que abrí la tienda me hice el propósito de arreglar los aparadores al menos dos veces por mes.

—Eso es lo que me gusta —confesó entusiasmado el muchacho—, siempre hay cosas nuevas o me fijo en otras que antes no había visto.

—Pues sí, pero el tiempo no pasa en balde y cada vez me cuesta más trabajo, ya no tengo la agilidad de antes. Pero ni hablar, como tengo la mala costumbre de comer diario, pues hay que chambear.

—Contrate un ayudante —sugirió Pablo, nada más por decir algo.

—Esos tiempos ya pasaron —sonrió el señor Jesús—, el negocio viene en picada con los comercios grandes y esa maldita costumbre de tirar las cosas antes que repararlas. Así ya no me puedo dar el lujo de tener chalán como antes.

—Yo pagaría por trabajar en un lugar así —murmuró Pablo, imaginándose como empresario ferretero.

Siguió un rato más de silencio mientras ambos pensaban en lo conversado, hasta que de nuevo tomó la palabra don Jesús.

—¿Te interesaría conocer más del negocio? Trabajo en serio no estoy en situación de ofrecerte, pero puedo enseñarte de herramientas a cambio de ayuda durante los ratos que tengas libres. No sé, tal vez haya algunas propinas o la oportunidad de que te llesves material de la tienda que compense el tiempo que inviertas.

—¿Es en serio? —preguntó incrédulo Pablo.

—Sólo si estás interesado.

—Claro que quiero.

—De acuerdo, pero hay una cosa que debe quedar clara. Esta es una relación de confianza, porque yo te abro la puerta a mi negocio y tú contribuyes con ayuda. Como una amistad, ¿me explico?

Sin más, el trato quedó sellado con un anticuado apretón de manos y un más actual choque de puños.

Pablo ingresó por primera ocasión atrás del mostrador para conocer la tlapalería desde las tripas y, en honor a la verdad, le escurría la baba ante tales maravillas. Aquello era la mismísima cueva del tesoro en la que cada cajón era un cofre

y en lugar de monedas había bisagras, ménsulas, espátulas, rollos de cáñamo, remaches, seguetas, rondanas y demás.

“Buena onda el don”, pensó el adolescente. En particular le agradó lo que dijo de la amistad y la confianza. Claro que desechó esas ideas porque nadie de su edad puede ser amigo de un señor tan grande, ¿o sí?

La triste e inexorable realidad de las calificaciones

A Pablo no lo calentaba ni el sol al día siguiente del encuentro con don Jesús. Una y otra vez miraba la boleta de las calificaciones y, por más que trataba de aplicarles “poder mental superior” para lograr la alquímica permutación de los dígitos, ahí seguían las tres materias reprobadas. Regresaba a casa imaginando nubes que presagiaban la tormenta del fin del mundo, donde a su padre le iba a tocar desempeñar el papel de iracundo dios mitológico que lo fulminaría con un rayo flamígero.

Lo suyo, lo suyo, no eran los promedios altísimos y eso ya lo sabían en la familia, pero tres reprobadas en un solo mes..., hasta él reconocía

que era demasiado. Anteriormente usaba el truco de esperar al lunes para mostrar la boleta, unos minutos antes de salir para la escuela y lograr que el sismo fuera intenso pero breve (aunque con sus consiguientes réplicas de menor magnitud por la tarde). No obstante, con el tiempo había aprendido que aquella táctica provocaba nerviosismo el fin de semana completo y terminaba por ser mucho peor, un tormento de larga duración. Esta fue la razón por la que decidió entregar el documento en cuanto llegara al “hogar, ya no tan dulce hogar”.

—¿Qué significa esto, Pablo?

El muchacho permanecía en silencio con la mirada en los zapatos.

—Mírame si te hablo —exigió furibundo el padre.

Para no hacer el cuento largo, sólo mencionaremos que el señor Fernández desplegó lo mejor de su repertorio que, con el historial escolar del hijo, había ensayado de sobra.

“¿Qué va a ser de ti el día de mañana al tener una familia, hijos, responsabilidades...?” “¿Qué futuro te espera al buscar un trabajo, sin promedio, con estas calificaciones, cuando hasta para ser ayudante de cualquier cosa debes tener por lo menos un certificado de bachillerato...?” “¿Cuál

es el ejemplo que le das a tu hermana menor...?”
“¿Cómo es posible que tú, con el apoyo que recibes, no puedas estudiar como se debe si es la única obligación que tienes? Mírame a mí, que ayudé en casa de mi madre desde que era un mocoso y debía ir a la escuela nocturna...”.

En fin, que el merecido sermón terminó con el reclamo por haber dejado de ser confiable y la advertencia de que no recibiría ni un centavo para sus gastos personales hasta tanto no lograra aprobar la totalidad de las asignaturas con un promedio mínimo de ocho: “No me pidas nada, es más, ya estoy cansado de promesas y no quiero saber nada de la escuela”.

Qué mal se sentía Pablo, era rudo escuchar que ya no se confiaba en él ni en las promesas de enmienda. Había escuchado lo mismo durante años y sabía que su papá tenía razón a pesar de que sus ejemplos eran como de telenovela. Algo debía hacer, y el resto de la tarde siguió con sus pensamientos: “Qué voy a hacer, cómo me voy a concentrar. No sé pero ya tengo que dejar de hacer panchos y aplicarme. Nada de acordarme de Leticia, Sonia, Mariana o Paula, sí, Paula, que está como quiere y hoy se veía lindísima con esa blusa sin mangas... ¡Ya,

Pablo!, bórralas de la mente y concéntrate, tienes que ponerte un horario para hacer tareas, así como en la película esa del prisionero que hasta hacía ejercicio en su celda pequeñita y... ¡Pablo!, ubícate, no te pierdas. Sí, voy a instalar un tablero donde anote lo que debo hacer y el tiempo que le voy a dedicar, pero estaría padrísimo que una mitad fuera de corcho y otra con... ¡A ver!, no me disperso..."

Qué horror, el joven estudiante se percataba de que sus neuronas mantenían un grado de independencia muy poco favorable para el esperado rendimiento escolar, con estudio secuenciado y ordenado. En su cabeza las ideas estallaban como fuegos artificiales en época de carnaval. Pero bueno, al menos la buena intención existía, habría que ver cómo dar solución al embrollo. Sabía que era tan listo como cualquiera o hasta más, pero por desgracia a maestros y maestras no les importaba lo que a él le llamaba la atención, sino lo que dictaba el programa de cada materia.

Quién es quién en la cadena alimenticia

Roberto era un personaje particular porque, además del tamaño descomunal, contaba con dos o

tres años más que el resto del grupo. De acuerdo con las cuentas debía estar en el último grado de la preparatoria, pero seguía ahí en primero.

En suma, un grandote con el que se debía lidiar si uno quería participar en las actividades deportivas durante los descansos.

—No inventes Pablito, ¿a poco vas a jugar con esos? —preguntó extrañada Julieta.

—Sí me dan ganas.

—Allá tú Pablo, ese chavo se pasa de lanza.

—Soy más rápido que él.

—No te confíes, ¿a poco no te das cuenta de que echa montón con sus lacayos?

—Vas a ver las fintas que hago.

En cuanto salió la bola de la cancha, Pablo preguntó si lo dejaban jugar y uno de los compañeros, hartos de los codazos, le cedió el lugar. Ya ahí, sintió la mirada hostil de Roberto y sus secuaces, cuyo equipo perdía por varios puntos. Ni duda cabe de que, al ser el suplente que llegaba fresco, se convirtió en el objetivo de las marrullerías. Antes de siquiera botar la pelota luego de recibir un pase, Pablo sintió el empujón por la espada.

—¡Falta! ¡Falta! —gritaba el muchacho, sin ningún resultado.

Durante los diez minutos siguientes, a Pablo le quedó claro que el patio le pertenecía a la bolita del gigantón. Nadie podía con ellos si usaba juego limpio, y el precio de retarlos consistía en recibir balonazos, patadas, empellones y golpes. Organizaban juegos para establecer el dominio, y cada trancazo era una marca de su territorio, como una manada de lobos en la que Roberto era el macho alfa, acompañado de sus cazadores subalternos.

Pablo detestaba los conflictos, y para evitarlos decidió alejarse de canastas y porterías.

Las cosas no cambian, empeoran con la impunidad

El problema es que “los hampones” –como acostumbraba nombrarlos Julieta– ganaban en confianza al ver que sus abusos permanecían sin castigo o llamado de atención. Nadie les decía algo y tanto maestros como maestras fingían ignorar lo que ocurría con la tiranía de los montoneros, a pesar de que también la padecían. En clase actuaban como bromistas ingenuos, pero llegaban a ser bastante molestos y más de una vez había salido la maestra de matemáticas con los ojos rojos, a punto de llorar.

Molestaban así como decían las abuelas, con cuchillito de palo. A veces con alguna pregunta que no venía al caso pero que provocaba la risotada generalizada de todo el salón, otras haciendo algún ruido (cacareos, flatulencias y demás) desde diferentes lugares del salón. No faltaba la ocasión en que colocaban la mesa a la orilla de la tarima y aquélla terminaba por caer mientras el profesor o la profesora trabajaban, y claro, lo cotidiano, las burlas a compañeros y compañeras al responder en voz alta alguna pregunta. Por supuesto, nunca había culpables que confesaran la autoría del hecho, y tampoco alguien tan tonto que quisiera ponerse en el papel de delator.

Más o menos a la mitad del año ocurrió algo que provocó una crisis en el “equilibrio ecológico” de la escuela y su correspondiente “cadena alimenticia”. Los carnívoros dejaron de ser la típica manada de lobos para transformarse en auténticos tiranosaurios. El acontecimiento desencadenante fue el ingreso de una compañera nueva, Maricarmen, quien hizo entrada triunfal, consciente de que era espectacular y llamaba la atención de cualquiera, eso sin tomar en cuenta que llegaba rodeada por un halo de misterio al ignorarse las

causas por las que era inscrita a esas alturas de los cursos.

En efecto, era tan vistosa como antipática. Daba la impresión de sentirse bordada a mano y miraba al resto de los mortales con absoluto desprecio (al menos a Julieta, Fernando, Pablo y otras personas que no se distinguían por algo en particular). Es obvio que varios de los grupitos más o menos definidos intentaron hacer amistad con ella, pero luego de observar quién era quién en la escuela Maricarmen decidió que su séquito lo integraría la banda de Roberto, los que “partían el queso”. Muy rápido, usando la estrategia de estirar y jalar las riendas para manipular, ella logró que se pusieran en contra del resto de la comunidad estudiantil, pero ya con mala onda. A Roberto le picaba el orgullo diciéndole que nadie lo respetaba, y a otra chava, Adriana, la hacía sentir poco aventada. El resultado fue que antes de un mes Roberto era el novio, Adriana la mejor amiga y quedaba instituido el dominio del terror.

Con Maricarmen llegó el *bullying* a la escuela. Es seguro que los ingredientes necesarios ya existían en estado latente, pero la compañera nueva hizo las

veces de cocinera. El acoso y el maltrato comenzaron a ser notorios con el transcurso de los días.

Pablo era más o menos inmune a las agresiones de Roberto porque suplía fuerza con ingenio, una capacidad que había desarrollado durante su vida como estudiante, ya que siempre le tocó ser de los más pequeños en cada grupo. Julieta era habilidosa para defenderse y disponía de un arma poderosa para disuadir cualquier agresión: su inteligencia notable reforzada por el humor ácido. El menos preparado para enfrentar las lides del acoso era Fernando, por su estilo retraído y su falta de malicia.

La prueba del fuego

Mientras tanto, Pablo ya sumaba dos o tres semanas de acudir a la tlapalería y su gusto inicial había crecido.

—Buenas don Chucho, ya llegué.

—¿Qué tal chamaco? Oye, por cierto, traigo una preocupación contigo.

—¿Preocupación por qué?

—Es que vienes diario y te quedas la tarde entera, hasta pareciera que quieres ser el empleado del

mes y mira que nada más ibas a venir a ayudarme a cambiar los aparadores —dijo en broma el tlपालero.

—No tanto, a mí me gusta y tengo tiempo.

—Eso es lo que me pone ansioso, el tiempo. Con este ritmo no has de estudiar ni hacer tareas.

—¿Usted cree? —respondía Pablo con la risa contenida—, no me lo va a creer, pero desde que vengo acá le dedico más a la escuela.

—Ah caramba, ¿cómo está eso?

—A poco no se ha fijado que me pongo a estudiar cuando no hay clientes.

—Muy cierto. Desde las primeras veces que te observaba afuera del negocio me dije: “Este muchacho vale”—comentaba un poco en broma y un poco en serio el señor.

—No don Chucho, de plano andaba usted perdido. En esos días valía pero gorro, reprobaba al mayoreo.

—¡Válgame el cielo! Con mayor razón ya no debes pasar tantas horas aquí —exclamó con genuina preocupación el señor.

Pablo se divertía mucho. La situación parecía contradictoria pero, en efecto, desde que adquirió otra responsabilidad organizaba mejor sus actividades y resistía la dispersión.

—¿Sabe qué? Estoy seguro que la siguiente boleta va a estar para presumir.

—¿Con nueves y dieces?

—¡Tranquilo, don Chucho! Roma no se hizo en un día, pero ahí la llevo.

—Perfecto, porque en el siguiente arreglo de las vitrinas te vas a llevar el rotomartillo que quitaremos del tablero.

Pablo quedó con la boca abierta. Un taladro nuevecito y ganado con trabajo.

La relación entre joven y veterano ya era excelente y por tal motivo don Jesús decidió poner a prueba al muchacho para darle también entrada a la caja registradora del negocio. De una bolsa de papel manila que ocultaba bajo el mostrador sacó un puñado de papeles y un fajo de billetes del que dejó caer, a propósito, uno de a quinientos.

—Pablillo, ¿te puedes quedar un rato aquí mientras me voy a la parte de atrás a hacer unas cuentas? Cobré unos centavos, pagué facturas y no se cómo estoy de efectivo. Si ahorita perdiera el dinero ni siquiera lo sabría con el relajo que tengo. ¿Sí te dejo un rato?

—Aquí me quedo, no hay bronca, don.

Cinco minutos antes de cerrar la tienda reapareció don Jesús. Miró de soslayo el piso para comprobar que el billete ya no estaba y esperó, sin resultado, a que Pablo mencionara algo al respecto. La decepción de don Jesús era mayúscula pero era un riesgo que quiso correr. Resignado, dijo con sequedad: —Vámonos, es la hora de cerrar.

El corazón del hombre se apretujó cuando Pablo, listo para salir a la carrera, le avisó que iba de prisa y no podía ayudarle a cerrar la cortina. Abatido y ya solo, don Jesús comenzó a cerrar con sensación de que un montón de años le caían encima. Respiraba profundo como para ganar fuerza en el instante en que entró el joven, entre resoplidos por el esfuerzo de la carrera.

—Por poco se me pasa, don Chucho. Encontré un billete en el piso y lo dejé en el cajón de los remaches. Ahora sí me voy porque me esperan. ¡Hasta mañana!

Con muchas reservas don Jesús abrió el gabinete y ahí encontró los quinientos pesos, motivo para alegrarse porque Pablo había ganado por completo su confianza.

El valiente vive hasta que el cobarde quiere

Fernando se deprimió por el hostigamiento de que había sido objeto durante las últimas semanas. Aunque más o menos estaba acostumbrado, la situación le parecía intolerable porque vivía temeroso todo el día, tenía pesadillas y no le daban ganas de comer. Su vida era miserable.

—Ya no los aguanto, ustedes deberían ayudarme. Ya no sé qué hacer —se quejaba Fernando entre sollozos.

—¿Y si le dices a tus papás? —sugirió Julieta con el corazón estrujado.

—Eso ya lo hice, pero dicen que tengo que aprender a defenderme.

—Pues sí, pero está cañón —comentó Pablo, evasivo para no comprometerse. Si de algo estaba seguro, era que no quería tener nada que ver con los predadores en su actual faceta.

Julieta tampoco lo confesó, pero coincidía en el temor por llamar la atención. No creía que llegaran a vapulearla los aprendices de matón, pero sabía que hay muchas otras maneras de hacerle la vida difícil a una compañera, máxime

que Maricarmen tenía al sector femenino comiéndolo de su mano y Adriana era su lugarteniente.

Fernando supo que iba a estar solo ante el hostigamiento y no le gustaba la idea. En las noches previas había meditado sobre la idea de dejar la escuela a cambio de volver a vivir con tranquilidad. Las lágrimas escurrieron sin querer y tanto Pablo como Julieta se sintieron cucarachas, avergonzados de la debilidad que los inmovilizaba. Sensación que ya iba haciéndose “normal” cada vez que les tocaba presenciar cómo Fernando y otros eran maltratados, un día sí y otro también.

Julieta ya no perdió el mal sabor de boca. Ella misma se daba asco por pusilánime.

—Yo voy a hablar con el director —aseguró decidida la amiga—. Total, si se enteran aquéllos ya veré cómo le hago.

Pablo evaluaba si permanecía en silencio o abría la boca para embarcarse en ese rollo. Pensó: “Uy, qué mal se siente ser la gallinita asustadiza”. No le gustó la autocrítica y de un salto se puso en pie para proponer con decisión: —Ya estuvo, de una vez hay que hablar con el director.

La rebelión

El trío de jóvenes solicitó una cita con el director del plantel y, alternándose en el uso de la palabra, expusieron con detalle la lista de agravios que padecían. Fueron escuchados con atención, pero sin resultados. El profesor Rosales descalificó todos y cada uno de los argumentos; Roberto y compañía eran, por decreto, blancas palomas.

¿Qué, disculpados sin ninguna averiguación? No era creíble que el adulto con más autoridad dentro de la escuela les dijera que eran bromas sin importancia y que tenían edad suficiente para resolver —con plática civilizada— los problemas que surgieran entre estudiantes. Sin lugar a dudas el director se hacía pato para no tomar en sus manos el problema. ¿Acaso no vio la nuca de Fernando, colorada de tanto manotazo? ¿Creía que iban con él nada más por antojo y no porque el abuso los rebasaba?

—Ah, qué fácil es firmar cartas y dizque dirigir la escuela —murmuraba furiosa Julieta—, a ver, que le entre a lo difícil. ¿Para qué existe un reglamento si esto va a funcionar con la ley de la selva y no se puede confiar en los que tienen el mando?

Pablo recordó una frase escuchada días atrás en un reportaje sobre el movimiento estudiantil del sesenta y ocho. Así, tal cual, la soltó indignado: —No confíes en nadie con más de treinta años. —Claro que luego vino a su cerebro la figura de Roberto y tuvo que aceptarlo: no por fuerza era un problema de edad, sino de ser persona con buen o mal rollo.

Salían de la oficina y a unos pasos toparon con la banda de rufianes. En la copia barata y ridícula de alguna escena de película juvenil de Hollywood, Roberto estaba en el centro, colgada de su cuello Maricarmen y en semicírculo los demás. De entre el grupito, alguien fingió voz aniñada para burlarse: “Ya los niños fueron a acusarnos; ¡ay profe, cuídenos de los malos!”

Pablo sintió una mezcla de temor con rabia, pero se dijo: “Como va, ya *encarrerado* el ratón... que vaya a Chihuahua el gato”.

Avanzó y quedó situado a dos pasos de Roberto. Hacía lo necesario por controlar los nervios para que no le bailara la voz y advirtió con la máxima serenidad de que fue capaz: —Derecha la flecha Roberto. Ya no nos vamos a dejar. Te lo advierto, si ustedes nos dan... a ti te la regre-

so porque eres el “sácale punta al lápiz” de estos arrastrados.

—Te parto tu mandarina en gajos —dijo todavía con sorna Roberto.

Pablo llenó sus pulmones de aire, se dio un momento para ordenar los pensamientos que le hacían ruido en el cerebro y respondió aún más pausado.

—Ya lo sé. Eres más alto y más fuerte. Casi siempre podrás más contra cada uno de nosotros, pero un día el resultado puede ser diferente, sólo un día de buena suerte para mí y mala para ti.

El silencio imperó. A Roberto nunca se le había ocurrido la posibilidad de que llegara un día en que careciera de ventajas. Tampoco el resto de sus cómplices había contemplado ese panorama remoto.

Pablo notó el desconcierto y optó por conciliar: —Nosotros no queremos problemas, nadie los quiere.

Sin embargo, Roberto no quiso mostrar debilidad ante su tropa y caminó hasta donde permanecía Fernando. Le quitó los anteojos y los arrojó al piso. Volteaba para ver cuál sería la reacción de Pablo, pero antes llegaron las primeras estrellitas provocadas por un certero rechazazo.

Se armó la bronca y de ahí en adelante Pablo no supo más, hasta que se vio llevado en vilo por dos profesores que lo conducían a la oficina de la escuela. Le temblaban los músculos del cuerpo por efecto de la adrenalina y poco a poco recuperaba el ritmo de la respiración. Asimismo, volvía a la normalidad su percepción porque, durante el pleito, tuvo la sensación de estar dentro de una licuadora donde se preparaba una malteada de perejil, piña y betabel. La camisa fue desgarrada por los botones, el pantalón lucía un agujero en la rodilla derecha, había sangre en nariz y boca, le dolían los pómulos, sentía ardor en sus orejas y ambos codos resultaron raspados.

Roberto también esperaba en la antesala y el único daño aparente era un incipiente moretón en el ojo derecho que seguro correspondió al único golpe que dio con cierta fuerza y puntería, el del inicio del combate.

La secretaria de la dirección les indicó que, por la gravedad de la falta, debían llamar a sus padres. Así es como llegamos a la escena con que inició esta historia, cuando la mamá de Roberto realizaba el *performance*.

Pablo intentó sin éxito localizar a su mamá. Después del último regaño hubiera preferido dejar aparte al papá, pero el cauce que tomaban los acontecimientos no daba para especulaciones. Necesitaba a alguien de su lado porque el director ya había tomado partido.

Por fin llegó el señor Fernández y lo pusieron al tanto de los hechos. Hablaba el director, lloriqueaba Roberto, rugía la mamá, de nuevo regañaba el director y así siguieron por un buen rato. Preocupado, Pablo notó intimidado a su papá con la actitud rijosa de la señora y el tono amenazante del profesor Rosales, quien repetía a cada momento “expulsión” y “dar de baja”. En efecto, él había propinado el primer golpe pero no tomaban en cuenta la diferencia de tamaño, los antecedentes de abuso, ni la falta de autoridad que hubiera evitado el embrollo. Con certeza, al terminar de recibir la queja, su padre preguntaría cómo iniciaron las hostilidades y pediría la versión del propio hijo.

Al fin tocó el turno de la palabra al señor Fernández, quien, en lugar de hacer sus averiguaciones, con una timidez que Pablo desconocía, dijo: —No se preocupen ustedes, en mi casa no hay lugar para la violencia y el abuso, tengan la se-

guridad de que lo corregiremos; ofrezco las más sentidas disculpas.

Luego, por si fuera poco, le palmeó el hombro a Roberto mientras le preguntaba cómo se sentía, si no había demasiado dolor.

A Pablo le quería dar un ataque. Lo dicho, aquello era surrealismo.

El imperio contrataca

Durante la tarde de ese mismo día hubo reunión en la casa de Maricarmen porque creían tener una pérdida de control. Los enanos del circo querían crecer y eso no lo permitirían.

Uno de los secuaces acicateaba a Roberto: —Se te van a subir a las barbas esos babosos si no haces nada, mi Rober.

—Bola de fetos, ¿no se dan cuenta de que hasta entre perros hay razas? —comentaba con desprecio Maricarmen.

—Ese Pablito hijo de su *Pinck Floyd* ya se topó con hueso, le voy a tomar la palabra y cada vez que me lo encuentre le voy a dar sus cates —aseguró Roberto envalentonado.

Maricarmen, un tanto más maliciosa, propuso darles con lo que fuera. Sugirió que hicieran

una campaña de ridiculización en las redes y eso incluía el correo, el *face*, los *twitts* y cualquier espacio virtual en el que encontraran eco. Eso le encantaba a Adriana y dijo que ella se haría cargo de la coordinación. Ya en esas andanzas unos se daban cuerda a otros y salieron a relucir muchas ocurrencias. Vamos, una creatividad magnífica que nunca usaban para la escuela. Tanta que al final del día ya había varias fotografías trucadas circulando en la red, junto con sus correspondientes historias inventadas. Los temas centrales fueron un ficticio amorío de Julieta con un profesor, el cuento de que Pablo usaba drogas y la insinuación de que a Fernando le gustaban los hombres (lo cual no tendría nada de particular, salvo el hecho de que no era algo cierto). Es fácil imaginar el efecto multiplicador que tuvo el material a través de los reenvíos.

Julieta encontró la primera de estas inserciones a eso de las nueve de la noche. Quería llorar de la rabia pero prefirió hacer sus indagaciones informáticas y puso manos a la obra hasta la madrugada.

—Qué desgraciados, esta foto de mujer fatal está *chaférrima*, nadie se creería que soy yo, con esa lencería..., qué poca.

La joven continuaba la revisión con detenimiento y recababa información.

—Con esta sí se mancharon. Siquiera me hubieran puesto con otro profe menos peor. Apenas se nota que está editada.

Una vez pasada la sorpresa inicial diseñó su plan de acción. Sólo necesitaba rastrear los envíos y eso, para ella, resultaba facilísimo. Ahora bien, si quería usar esos archivos como prueba, más le valía no hacer algo que estuviera prohibido, sabía cómo entrar a la mayoría de las cuentas con bajo nivel de protección en sus contraseñas pero igual podría tener consecuencias legales. Optó por aprovechar que en la red se queda todo, aunque parezca que la gente lo ha borrado. ¡Elemental mi querido Watson!

—¿Anonimato en Internet?, sí, cómo no...
—murmuraba Julieta con satisfacción porque logró localizar mucha de la información necesaria.

Un poco de apoyo moral

—Buenas, don Chucho.

—Pásale muchacho, ¿ya comiste?

—No, nada más pasé a avisarle que hoy no puedo quedarme.

—Mira cómo vienes, ¿qué te pasó? Tuviste una pelea, ¿no es cierto?

Evasivo, Pablo respondió: —Tengo que irme a la casa, se me hace que ahora sí me van a poner como lazo de cochino.

—Que tengas suerte chamaco, pero si necesitas platicar ya sabes que aquí estoy. Ah, y llévate el taladro para que no estorbe por aquí.

La aceptación de la caja sin ninguna muestra de entusiasmo o alegría le permitió imaginar a don Jesús la gravedad de la situación por la que pasaba su ayudante.

—Te lo repito, Pablo, si en algo te puedo apoyar no dudes en avisar.

Machetazo a caballo de espadas

En casa de los Fernández ya estaban preparados para el nuevo juicio. Con la mamá de Pablo sentada en el sillón de la sala, el papá y la hermana en el sofá, el taburete hacía las veces de banquillo para los acusados. Como pasaron varias horas desde la reunión en la escuela, el señor y la señora habían tenido tiempo más que suficiente para calentar los ánimos, atizados con uno que otro comentario de

la hermana, que veía la oportunidad de quedar bien con la pareja adulta.

—Siéntate, Pablo, tenemos muchos asuntos pendientes por arreglar —ordenó la señora Fernández.

Era difícil imaginar lo que habían pensado como solución, pero con seguridad sería algo drástico. Pablo era consciente de que la gota que derramaba el vaso ya había caído, y en el fondo sentía que cualquier castigo sería justo por sentirse culpable. El regaño y los reclamos comenzaron a llegar sobre el joven, los mismos de siempre pero con una variante nueva: la de ser un buscapleitos y un haragán incapaz de hacer nada útil. Con esto último Pablo ya no estuvo tan de acuerdo, aunque más valía guardar silencio y aguantar vara.

La señora examinaba a Pablo para detectar el efecto que tenían sobre él las frases dichas y notó el paquete con que llegó.

—Nada más falta que ahora seas un ladrón, Pablo —exclamó la mamá, mientras el resto de la familia volteaba a verla, con desconcierto, porque eso no formaba parte del guión.

—¿De dónde sacaste ese aparato? —preguntó con falsa inocencia su hermana.

—Nada más eso nos faltaba, tener un raterillo en la familia –esto dicho por el padre en tono intolerante–, por eso es que no tuviste necesidad de pedir dinero en estas semanas a pesar del castigo.

Todo comenzaba a enredarse y Pablo decidió que era el momento de ofrecer algunas explicaciones que hasta ese momento no había tenido oportunidad de expresar.

—¿Puedo hablar?, creo que están confundidos...

—Tú te callas y esperas hasta que terminemos.

—Pero es que...

—¡Silencio!

Continuó la reprimenda paterna y materna durante otra media hora. Durante ese tiempo Pablo ordenó en su mente algunos elementos para argumentar en contra.

—¿Tienes algo que decir? –preguntó la señora Fernández.

—Vaya, hasta que voy a tener oportunidad de defenderme.

—No seas insolente, Pablo –advirtió severo el papá.

—Lo digo porque en la oficina del director nadie se tomó la molestia de preguntarme mi versión del pleito en la escuela.

—En ese momento sobraba —aseguró evasivo el señor—, el problema habría crecido sin necesidad.

—Bueno, ahora es mi turno y quiero que me dejen hablar.

La pareja asintió, a pesar de que no mostraba gran disposición para la escucha de nuevas excusas.

—Punto número uno. Esta herramienta la gané con trabajo en la tlapalería. Para su información, voy cada día desde hace más de un mes y por eso tengo un poco de dinero cada semana. Dinero “limpio”, que quede claro —esto último mencionado en el mismo tono que emplean los noticiarios para hablar del crimen organizado.

”Punto número dos. Mis calificaciones ya subieron pero como no las entregan todavía, ustedes no se han enterado.

”Punto número tres. El tal Roberto y su tropa son los más grandes del grupo y practican el *bullying* como deporte. Friegan a todos, pero al que traen de bajada es a Fernando y lo defendíamos entre Julieta y yo. A lo “penitente” porque son muchos, pero ni modo, no le íbamos a fallar al Fer.

”Punto número cuatro. Más vale que se acostumbren, porque ya quedé en que me va a tener

que agarrar de su esparrin hasta que yo le gane, pero aunque me rompa el océano cada vez, no voy a dejar solo a mi cuate. Intentamos que el director interviniera pero no quiso.

A estas alturas los Fernández se daban cuenta de que quizá habían precipitado sus juicios.

—Punto número, ¿cuál? No importa, el caso es que traté de llamar a mi mamá para que fuera a la escuela pero no la localicé. Nada más por eso te molesté, papá, ya sabía que no querías enterarte de nada que tuviera que ver con mis problemas. Hablé porque sentí miedo, la señora estaba como loca y el director se puso de su parte. Lo que no esperaba era que también te espantaras de esos dos y decidieras no apoyarme.

¡Sopas! Ese señalamiento no lo esperaba el papá. Enrojecía su cara por la vergüenza. Sí se dejó impresionar por la situación en la dirección, pero pensó que nadie lo había notado, y menos Pablo.

—Papá, ¿te acuerdas que me dijiste que ya no confiabas en mí?

Asintió el señor.

—Bueno, pues me pasó lo mismo contigo.

Eso, aquí y en China, era una estocada certera y precisa.

La madre intervino para confirmar que hubo varios malentendidos. Que algo debían hacer para componer las cosas. De ahí que el padre, un tanto arrepentido, propusiera: —Parece que tenemos que platicar con más calma para saber bien cómo están las cosas y volver a la escuela para discutirlo con el director Rosales.

—No, papá, gracias. Yo voy a ver cómo le hago y si necesito ayuda de un adulto se la pediré a don Chucho. Él sí confía en mí y yo en él.

Pablo pidió permiso para retirarse. Ante la equivocación y el juicio precipitado que hicieron, la señora reclamaba al papá en voz baja y él, a su vez, hacía lo mismo. Ni modo, habían metido la pata.

¿No que no tronabas pistolita?

Julieta trabajó hasta muy tarde y se le durmió el despertador. No fue a la escuela pero decidió estar ahí al terminar las clases.

Durante la mañana, Fernando —muerto de pánico— corría a la puerta de la oficina en cuanto sonaba la chicharra entre clase y clase. Algo vergonzoso pero al menos era sitio seguro durante los descansos.

Pablo procuró pasar inadvertido para evitar dificultades dentro de la escuela. Esperaría la hora de la salida para volver a enfrentar a Roberto y recibir la obligada ración de puñetazos.

Terminó la última hora y Pablo se adelantó para estar en la esquina del parque antes de que llegara el patán y sus *patancillos*. Fernando aguantó su terror, sabedor de lo que iba a pasar, tragó saliva y decidió plantarse junto al amigo que trataba de protegerlo. “Total –pensó– qué importaban unos trancazos si era el momento de ponerle el pecho a las balas.”

Al fin llegó la bolita de malandrines, sorprendidos de que el par de “perdedores” estuviese ahí.

—¿Ya vienes por tus cates, Pablo?

—Si no te vas a alivianar con Fernando y los demás a los que traes asoleados, pues sí –respondió Pablo, minimizando la importancia de la situación.

—Al cliente lo que pida.

—Tú no te vas a ir limpio. Vas a tener que traer de nuevo a tu mamá para que cuide a su bebé.

Ese último comentario provocó la máxima irritación del grandulón. Más porque el día anterior no faltó quien lo viera por la ventana de la dirección en plan de mártir.

—Me vale...—fue lo último que dijo Roberto antes de embestir.

Ni siquiera entraron en contacto porque Julieta se interpuso entre ambos.

—Momento, niños, estas cosas no se arreglan con violencia.

—Quítate, Julieta, me importa un rábano si eres chava, igual te doy tus coscorriones.

Julieta ganó la atención de los y las jóvenes que ya habían formado el ring humano.

—Interesante, chico, muy interesante. Los coscorriones que me des son algo para grabar con un teléfono celular. ¿Sabías que en la red hay diecinueve videos en los que apareces haciendo *bullying*?

—Son mis trofeos —afirmó con orgullo Roberto.

—Ah, ¿y sabías que eso es una prueba de abuso como para denunciarte? Yo no soy abogada pero, si tú eres mayor de edad y las víctimas menores, a lo mejor hasta te tocaría tambo, ¿no lo crees?

Espléndida maniobra de Julieta, porque el bravucón se quedó helado.

—Y lo mismo puede suceder con las fotos y los chismes que subieron a la red. Ya sé que ese no fuiste tú, Roberto, porque para eso se necesita

estrenar el cerebro, pero hay “gente” (momento en que aprovechó para dirigir una mirada de entendimiento a Maricarmen y Adriana) que estaría en problemas legales si no bajan de inmediato el material que subieron y ponen el mismo empeño en disculparse.

Ahí intervino Maricarmen que, como pavo real, desplegó sus encantos para ningunear a Julieta.

—Déjame decirte que eso, feíta sin chiste, poca cosita, es algo que no puedes probar.

—¿Segura, reinita chula? Mira queridita, te explico una cosa —Julieta imitaba el tono despectivo de Maricarmen— cada vez que usas la red, dejas un caminito de migajas cibernéticas con el sello de qué máquina se usó y desde qué servidor.

—Estás loca —afirmó con menos agresividad y bastantes dudas Maricarmen.

—Te enseñó este esquemita —dijo Julieta mientras desplegaba un par de pliegos de papel sobre el cofre de un automóvil— mira, guapa, estas son las fotos y debajo de cada una de ellas anoté la dirección IP donde se generaron, y las flechitas marcan a quién las mandaron. Este número es el de tu computadora, este otro es el de Adriana; Juan y Alfredo también están...

—No sé a dónde quieres llegar, no te entiendo nada.

—Muy sencillo, el IP es el número de cada equipo que se conecta a la red, haz de cuenta su ADN o huella digital. Así que, de la manera más atenta y más amable les pido que eliminen toda esa basura y se disculpen como debe ser.

Sin entender bien a bien la magnitud del problema en que se habían metido, la reacción de los abusivos fue más violenta aún y el trío vengador apenas escapó a la carrera.

Jaque mate

Fernando, Julieta y Pablo llegaron sofocados a “El Surtidor Tlapalero” en busca de refugio. Don Jesús hizo sus averiguaciones para saber en qué andaban metidos y les aconsejó que lo platicaran con sus familias y acudieran de nuevo a la escuela para presentar una queja. Según él, cada día que pasara sin una solución definitiva haría que el riesgo creciera y las consecuencias podían salirse de control.

Ambos varones se resistieron porque ya era tema hablado en sus casas y no le daban importancia, desconfiaban de la posibilidad de ayuda

efectiva. Julieta tampoco lo creyó conveniente porque vivía con su tía abuela y la señora ya no estaba para esos trotes.

Preocupado por la seguridad e indignado por esa injusticia, don Jesús ofreció acompañarlos al día siguiente, pero antes quiso que le explicaran a detalle con qué pruebas contaban.

A las once de la mañana en punto entraba don Jesús a la oficina del director. Ahí lo esperaban Julieta y los otros. Llegó el papá de Pablo, a quien el tlapalero había llamado la tarde previa pensando que era importante restaurar el vínculo de confianza entre padre e hijo.

—Creí que había sido muy claro en esto que es asunto terminado —manifestó con mucha molestia el director Rosales—, no sé el porqué de esta reunión ni en calidad de qué viene el señor que concertó la cita.

—Pues vengo en calidad de abuelo postizo de estos muchachos al considerar que no fueron atendidos por usted de la manera adecuada —expuso con serenidad y firmeza don Jesús.

—Por favor señor, ¿un abuelo pirata que no tiene ningún parentesco? Seamos serios, no me quiten un tiempo valioso.

—Mire usted, señor director, si soy abuelo “pirata” o “patito” es algo secundario, ya que nos acompaña el papá de Pablo. Para que esté tranquilo, considéreme el representante legal que viene a mostrar las pruebas de su inadecuado proceder, mismo que ha favorecido la práctica del acoso escolar en este plantel y la pérdida de confianza en la legalidad.

El director se quedó de una pieza ante el aplomo de don Jesús y no tuvo más remedio que escuchar la exposición de los hechos, junto con la protesta del señor Fernández, quien hizo el recuento de su apabullamiento en la víspera y formuló el reclamo por la parcialidad mostrada con anterioridad.

El peso probatorio de los videos, el material colocado en las redes sociales y el esquema que realizó Julieta provocaron que el maestro Rosales quedara sin argumentos en contra. Menos intentó replicar al escuchar que don Jesús dedicaría el tiempo que fuera requerido para presentar quejas y denuncias en las instancias necesarias. Como resultado, el profesor debió disculparse y pidió unos días para hacer la investigación.

Epílogo

Roberto y sus partidarios aceptaron su culpabilidad y ya no fue necesaria otra reunión. Dieron de baja todo lo que habían subido para el *bullying* cibernético y colocaron en los mismos sitios un desmentido disculpándose.

Maricarmen dejó de acudir a la escuela y, hasta donde se sabe, llegó a otra en la que conoció lo que era el acoso escolar, pero desde el lado de la víctima. Quien a hierro mata... a hierro muere.

Pablo, Fernando y Julieta lo pasaron bomba el resto del semestre. En realidad el grupo completo, porque cesaron las hostilidades. ¿Un mundo de ensueño? Nada de eso, pero con las garantías elementales para vivir con normalidad.

Roberto siguió usando la ventaja de su fuerza, por fortuna nada más en lo deportivo. Seguía latente el abusivo que era por dentro, pero contenido por las reglas que debía respetar porque en la escuela ya no había impunidad. Cuenta la leyenda que a él y su mamá les fue recomendada una terapia para que aceptaran que el chavo ya era un adulto y no bebé de pecho.

El director se jubiló al concluir el año escolar. La decisión la tomó al darse cuenta de que ya no

entendía los nuevos tiempos, donde el respeto a los derechos se había hecho algo importante y la autoridad tiene la responsabilidad de garantizarlos.

Pablo hijo y Pablo papá hacen esfuerzos por restaurar la mutua confianza. Hay días en que uno u otro se ponen en estado de alerta ante situaciones nuevas y cada uno por su lado pregunta: ¿podré confiar? La ventaja es que los dos están conscientes de que el proceso de reconstrucción es mucho más lento, pero pueden decidir fiarse del otro con base en la rectificación de las conductas.

Aprendieron todos y todas que es posible creer en las reglas, aunque a veces hay que hacer presión a la persona que le toca garantizarlas.

Pablo confirmó, gracias a don Jesús, que sí es factible confiar en alguien mayor de treinta años. A su vez, el señor comprobó que la confianza no tiene que ver con la edad ni con la facha.

Entre Molotov y Lady Gaga

Beatriz Escalante

Beatriz Escalante estudió Pedagogía en la Facultad de Estudios Superiores Acatlán, de la Universidad Nacional Autónoma de México. Obtuvo la Medalla Gabino Barreda al mérito académico. Estudió el doctorado en Ciencias de la Educación en la Universidad Complutense de Madrid, España, becada por el Instituto de Cooperación Iberoamericana.

Ha recibido reconocimientos nacionales e internacionales como la beca del International Writing Program de Iowa; del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes de México (en tres ocasiones) y de la Fundación Rockefeller (Fideicomiso para la Cultura México-Estados Unidos). Ha sido presidenta honoraria de la Unión Hispanoamericana de Escritores. Su novela *longseller Fábula de la inmortalidad* ha sido publicada en inglés en Estados Unidos, y en árabe en Turquía.

Ha alcanzado un sitio destacado en los países de habla hispana por su original obra pedagógica, consistente en recursos creativos para la enseñanza de la redacción y la ortografía. Su libro *Curso de redacción para escritores y periodistas* es utilizado como texto en universidades de América Latina y Estados Unidos. Ha capacitado a miles de profesionales de la palabra, trabajadores de radio y televisión y de diversas instituciones gubernamentales mexicanas.

Autora de diecisiete libros entre novelas, volúmenes de cuentos, antologías de cuento mexicano y estadounidense, esta escritora mexicana es reconocida mundialmente.

Casi nada me gusta de mí. Estoy gorda, y además de barriga tengo panza. Mi abuela se las arregló para explicarme que esas dos palabras no significan lo mismo. Quiere que baje de peso, que porque voy a enfermarme. ¿A quién le importa? Lo que más me pudre es no tener carro ni tenis Converse. La vieja me compró unos en el mercado. Dice que todos son iguales. Cree que los necesito para la clase de deportes. Neta, la pobre ni idea... Ya le dije que son híper piratas, que para eso me hubiera comprado unos en Walmart. Qué poca. Me da cosas bien chafas.

Mientras mi máximo fueron las películas de Walt Disney, vivíamos tranquilas. No sé si fue porque tuvo que comprarme el brassier o porque quiere que me quite los audífonos cada que me habla... total que ahora nos la pasamos “aga-

rradas del chongo”. Así le dice ella a nuestra guerra doméstica.

—Ay, en serio que a ti te gusta mucho discutir, Ernestina —me dice con la boca llena. ¿Y qué? ¡A poco a ella no le fascina echarme bronca por todo! Bien que me contradice cada que tengo una idea genial de cómo ganar dinero en grande. Yo no quiero heredar su puesto de garnachas en el metro. Me tiene hasta la madre que me regañe. Siempre con su misma mierda: Que no tires los papeles en la calle, que no digas groserías, que no te robes los cambios; que ponte de una vez por todas a estudiar, que ayúdame a hacer la masa. ¿Y para qué quiere que haga la tarea? ¿De veras cree que me van a admitir en la UNAM, en el Poli o en la Metro? ¿Cree que con los dólares que manda su hija, ella va a pagarme una universidad privada? Lo que necesito es ponerme a ganar dinero con D mayúscula, y que ella deje de estar chingando. Se la pasa dándome órdenes, ¿por qué no se manda a sí misma al demonio?

En lugar de meterse conmigo, debería regañarse ella sola. Verse la jeta en el espejo y decirse: Ya eres una abuela, Concha, aprende a comer, no hables con la boca llena, límpiame las migajas con

la servilleta; ¡deja ya de estar viendo las telenovelas y haz algo de provecho! O lárgate a Los Ángeles a casa de tu hija y de tus nietos casi gringos ahora que son niñitos, porque a ti no te gustan los adolescentes, abuela. A ti ya no te gusto yo. Jamás me dices, como antes, que soy tu niñita linda ni me consientes. La neta ni me pelas. Ahora todo es estar jodiendo y poniéndome a trabajar.

¿A quién le importa si tiendo o no la cama?, ¡y qué pinche manía tiene la vieja con los platos! Primero quiere que agarre uno hasta para comerme un pan y luego no le parece que yo no quiera lavarlos...

¿Quién la entiende?

—Desde hoy te exijo que me llames Dafne, grito con tono súper autoritario, porque se está quedando sorda, y también porque tengo ganas de sentirme importante.

—¿Y por qué quieres que te diga Dafne, Ernestina?, ¿vas a salir en una obra de teatro? —me pregunta sin quitar los ojos de la pantalla. De veras que esta momia me enfurece. De seguro se imagina que sigo en segundo de primaria y que estoy preparándome para un festival. Le contesto que no; que me voy a cambiar el nombre porque toda

la vida me ha cagado llamarme Ernestina Pérez. Mi nombre es como el uniforme de la secundaria. No me gusta y no hay ninguna razón para que lo use el resto de mi vida. Son cosas que deben terminar. Ya no soporto pasarme todas las mañanas vendiendo quesadillas afuera del metro. Todos van a alguna parte. Sólo sigo ahí y los veo. A mí no me pasa nada.

¿Cómo voy a conseguir con quien acostarme si no conozco a nadie más que a mis compañeros de la escuela? ¿Por qué en el cine todo se ve tan fácil? Puras mentiras. En cambio en esta pinche vida verdadera de lunes a domingo cada cosa es imposible. Estoy harta.

Ya sé por qué mi abuela es adicta a las telenovelas... a todo el mundo le va peor que a nosotras y eso que ellos son ricos.

*

Más interesada en su programa favorito –*Mujer, casos de la vida real*– que en lo que yo le pido, mi abuela murmura cualquier cosa para que me calle y la deje ver la televisión. Le grito que voy a comprar pan dulce y un cuaderno de cuadrícula grande, y que de ahí me voy a la escuela.

A lo lejos, oigo un “¡Ajá!” como signo de aprobación. Ella sigue viendo la tele; yo voy bajando las escaleras. Cierro el portón del zaguán, llego a la calle.

Desde chica tengo la costumbre de pensar en voz alta; pero sin despegar los labios. Platico conmigo dentro de mi cabeza, pero no me digo secretos. Tampoco me pego de gritos. Mis pensamientos tienen volumen normal. No estoy tan grave como para ir hablando sola y contestándome, como los teporochitos locos. Y como tengo muchas dudas, me pregunto:

¿Qué es lo que hacen los hombres cuando quieren acostarse con una tipa físicamente superior a ellos? Usan dinero, obvio. Otra estrategia es hacerse los simpáticos...

Lo malo es que tú no eres simpática, Ernestina, te dice esa voz que sale de tu conciencia y que nunca has podido silenciar. La odias porque sólo existe para humillarte, para reprimirte o para hacerte pasar corajes.

No sé a quién odio más: a mi madre ausente, a mi abuela o a la voz de mi conciencia. A las tres me encantaría dejarlas mudas hasta la eternidad. Lástima que la voz de mi conciencia tenga razón,

no soy simpática ni para contar chistes. Lo reconozco. Tampoco tengo dinero, y es imposible que la gente que me conoce esté de acuerdo en llamarme Dafne. No tengo cara de Dafne ni cuerpo de Dafne ni personalidad de Dafne.

Para colmo no tienes coche, te repite una voz en tu mente. Y te molesta saber que ni cuando estás sola puedes estar sola. Siempre hay alguien jodiendo adentro de tu cabeza.

No tienes coche, insiste tu voz interior, ¡como si hiciera falta recordarlo! Si lo tuvieras, ese sería el *gadget* con el que podrías conseguirte un hombre de los que a ti te gustan y no de los *losers* de tu clase que quieren contigo. Ellos dicen “acostarse”, pero qué acostarse ni qué nada; su intención es arrimarte a un bote de basura y descargarse. Eso es lo único que quieren contigo. Cabrones. Odias a todos los hombres guapos; también a los feos.

De veras que es imposible conseguir billete, piensas decepcionada. Con la cantidad de mujeres que se vuelven riquísimas por salir fotografiadas en las revistas. Y lo único que necesitan es desnudarse. ¡Pero ese no es modo de ganarse la vida!, sentencia tu abuela desde que te acuerdas. Como si fuera una opción para ti, como si alguien tuviera

el más mínimo interés en verte encuerada. Pero la abuela lo repite todo el tiempo, aunque ni venga al caso. Sí. Ya sé que no es un modo de ganarse la vida, le contestas tú, cada día, cada mes, cada año más frustrada que escandalizada.

Esta es mi circunstancia. Esto es lo que me tocó. De veras que a mí, el famoso verbo “elegir” no me funciona para nada. Por eso tampoco voy a votar. No me importa.

Dice mi abuela que cuando ella tenía mi edad no había tele ni había mercado negro de muestras médicas y que las mujeres no votaban. ¿Y para qué me lo cuenta? A mí, todo eso me vale.

Neta, la vieja no sabe nada. Yo ya tengo mi “identificación oficial” y lo que menos me interesa es usarla para las votaciones. Me costó menos de doscientos pesos, que tampoco es barato; pero me conformo, pues a otros se las vendieron más cara. El dueño de la papelería sí sabe de poder adquisitivo y clases sociales... revisa al que llega y después ajusta el precio.

A mí, primero sí me dio un poco de miedito que me cacharan, pero media escuela se la sacó. Sólo se trata de teparle el ojo al macho... al macho que maneja la patrulla, digo yo, porque bien

que los cadeneros de los antros le dan su lana a los policías. Todos saben que no tenemos dieciocho años, pero nunca dicen ni media palabra. El mundo está lleno de transas multimillonarios y de transitas miserables. Se justifican diciendo que no les alcanza, y por eso en el puesto, la abuela y yo tenemos que estar bien águilas con las cuentas y con las bebidas. Porque si te distraes tantito te roban el refresco o te pagan un sope menos. ¡Malditos!

¡Ay!, qué lenta soy, se me olvidó el vestido. Camino de regreso la media calle que había avanzado; entro al zaguán, subo hasta el cuarto de servicio y trato de que la abuela no me pregunte por qué volví. Parece que ya la libré; pero justo cuando estoy volviendo a ponerme el uniforme encima del vestido, la vieja aúlla: —¿Pero qué hace esta credencial para votar en la cocina?

—Ni idea, abuela, ahorita me la llevo.

—No te hagas la chistosa conmigo, no estoy preguntando qué hace en la cocina, sino, ¿cómo es posible que tengas credencial, Ernestina?, esto es un delito, tú no has cumplido los dieciocho años... ¿No te das cuenta de que esto es ilegal? No eres ciudadana todavía. A ti, ¿qué te pasa? ¡Estás cometiendo un fraude!

—La tengo porque la necesito —digo con prisa, y se la arrebató—. Regresé por una cosa de la escuela. Ya me había ido. Tengo examen, abuela, no me estés quitando el tiempo —respondo, y la dejo hablando sola—. Me van a reprobar por tu culpa —siento un poco feo quitársela a la mala, pero ella se lo busca, ¿para qué agarra lo que no es suyo?

Siempre te justificas por lo que haces. Te dices que vives en esa desesperación mezclada con desesperanza, porque la vida no te ha dado lo que quieres.

Deseas acostarte en un hotel de paso con un hombre guapo y tener coche. Mientras rehaces el camino hacia la secundaria, aprovechas que nadie te ve para rayar con un clavo filoso la carrocería de una camioneta estacionada. Estás segura de que si consigues un auto, llegarás lejos. Según tú, todos los automovilistas pertenecen a una especie de club; y tienes la fantasía de que se conocen entre sí, aunque sólo sea de vista. Algo parecido a lo que ocurre con los estudiantes de cada escuela de tu colonia. El nombre da lo mismo; el hecho es que los de cada colegio se conocen entre sí y no se mezclan con los otros. Ya decidiste que mejor

no vas a ir a clases. No tienes ganas de hacer el examen. Ni estudiaste.

En tu opinión, el mundo se divide entre los que tienen coche y los que no. Obvio que la gente que pertenece al conjunto de los peatones (y además es gorda) tiene muy pocas posibilidades de interactuar con los que manejan un Audi (y además son delgados), dices para tus adentros mientras notas que un señor juguetea con las llaves de un Mazda.

—¿Vas a comer? —te pregunta, como para indicar que no tiene inconveniente en compartir el sitio. Tú tomas la frase como si fuera una invitación—. Ok. Gracias —respondes con los ojos puestos en un pedazo de pan al que le metes un buen pellizco.

Con el puro tono de voz, la mesera los presiona para que elijan.

Tú crees que él no sospecha que pagará las dos comidas. Es un truco muy probado por ti. Empezaste a practicarlo en cuarto de primaria, cuando decidiste que las lentejas con tocino que preparaba tu abuela te tenían hasta la madre. Piensas que él ignora que no sólo tienes apetito de comida. Le calculas más de cuarenta años. O sea, es del

estilo del director de tu escuela. Pero este hombre tiene el bigote pinto: algunos pelos son negros, otros blancos y algunos hasta rojizos. No está feo ni guapo ni gordo ni flaco. Es simplemente un señor. Parece que te sonrío. Crees notar una leve compasión en su mirada; no estás segura de qué signifique esa mueca; pero tú prefieres ignorarla. Te conoces. Sabes que no tienes facha de mendiga pero sí de desamparada. Y aunque muchas veces te has aprovechado de esa apariencia para salirte con la tuya, ahora sientes vergüenza; no es sólo eso, es peor; tienes una emoción que no entiendes. Un foco rojo se prende en el semáforo de tu conciencia; pero te pasas el alto.

Él se mete a la boca el primer bocado; es pequeño, lo mastica despacio. Se conoce que está acostumbrado a mejores lugares. No limpió sus cubiertos con un limón. Eso lo hace tu abuela cuando los domingos te lleva al mercado de Mixcoac a comer tacos de barbacoa, enchiladas de mole o pescadillas.

Las cucharadas de sopa de fideos pasan de los tazones a las bocas. De guisado nada más quedan una hamburguesa y una orden de cerdo con verdolagas, les informa la mesera. Cada quien acepta

su destino. Así es la vida. Tienes que tragarte lo que te toca. ¿Ves cómo no se trata de elegir!?, te preguntas en tono de afirmación. Te toca lo que te toca, piensas disgustada. De postre, a ambos les dan a escoger entre gelatina verde (como tu suéter) o nada. Pues será gelatina verde. Él no platica y tú procuras no hacer comentarios. Tratas de crear una situación de familiaridad. Le pasaste la sal, le acercaste los chilitos en vinagre...

Cuando él saca los billetes para pagar, te quedas indiferente, como si no conocieras el valor del dinero. Notas que trae dos de a quinientos pesos. Alcanzaría para el hotel, piensas.

Él deja la propina y avanza hacia donde dejó estacionado su Mazda. Tú finges que se te olvidó algo y corres de regreso a la mesa para robarte las monedas; te fijas en que la muchacha que los atendió esté de espaldas.

Estás caminando junto a él, lejos de la fonda. Tú tienes la cara colorada. Tal vez no sea profesor. Tal vez tampoco viva en la colonia. Va de traje negro. Su camisa te parece chistosa. Seguramente ese señor es parte de la población flotante. De pronto te atreves y lo tomas de la mano. Él parece sorprendido, pero no te suelta. ¿Será que le gustas?

Lo tomaste por sorpresa. ¿Tendrá una esposa esperándolo?, ¿le faltará iniciativa?, ¿será que simplemente no le gustan las gordas reprobadas de dieciséis años?

Sabes que lo más atractivo que tienes en ese instante es tu uniforme de la escuela. Te gustaría que él estuviera deslizado la mirada entre el dobladillo de tu falda gris de cuadros y ese límite donde comienzan tus calcetas blancas. Pero él mira su reloj. Aferrada, tú no le sueltas la mano. Tu tenacidad es como la de esos perritos callejeros decididos a conseguir dueño. Tus ojos reflejan indefensión. De inmediato tu conducta despierta en él la necesidad de... ¿O estará sintiendo lástima? ¿O es tan cobarde que no se atreve a echarte de su lado? Te da lo mismo. Tú sabes lo que quieres.

Si tu vida fuera una película de Hollywood, en la siguiente escena habría un hotel; los dos aparecerían de pronto en la cama y él te haría el amor desenfadada y deliciosamente y, al final, cuando te preguntara tu nombre, tú —seductora, delgada, universitaria y triunfante— responderías: Dafne, me llamo Dafne.

—¿Ya saliste de la escuela? —pregunta él, no porque tenga curiosidad, sino porque lleva media

hora sin usar la boca más que para masticar. Ahora tiene un chicle entre las muelas.

No le contestas y te pones furiosa. ¿Por qué toda la gente cree que sólo existe el turno matutino en las secundarias?

Mi abuela dice que son las hormonas; pero yo creo que es la estupidez humana la que me tiene entre la depresión y la rabia.

—Hoy no hay clases —mientes decidida a volarte todas las materias—. ¿Te gusta Molotov? —le preguntas con la intención de que él recuerde la portada de ese CD que tu abuela te tiró a la basura; ese en donde otra adolescente como tú (pero flaca), usa uniforme y calcetas, y tiene las piernas abiertas y...

No hace gesto de entender de qué le hablas. Sin asco, él se coloca en la oreja el audífono que le ofreces. Aunque parece indeciso, ya están unidos por un cable. Avanzan pocos metros. Él se inclina para meter la llave en la cerradura del Mazda. Ese es uno de tus automóviles favoritos.

—¿Me llevas a la pape? Tengo que comprar un cuaderno de cuadros grandes.

Literalmente el tipo pone cara de nada. Te devuelve el audífono.

Él rodea el coche y te abre la puerta. Te acomodas en el asiento de piel. Sonríes. Te encanta el tráfico. Adorarías vivir en un coche con asientos de piel. El equipo de sonido del Mazda es increíble. Están tocando *Poker Face*. Supones que ya tienen algo en común: a los dos les late Lady Gaga, al menos eso crees, porque no le cambia. La verdad, él no tiene ni idea de quién es ella.

*

En la Insurgentes Mixcoac hay “residencias señoriales a la antigua” —como les dice mi abuela—; casas enormes donde abundan las sirvientas, los choferes y los carros deportivos. También hay vendedores ambulantes de cochinita pibil y pambazos, películas pirata, teporochos y pordio-seros.

Además de todas las escuelas, de los departamentos de lujo y de las casas tan grafiteadas como decadentes, hay cuartos de servicio rentados como donde yo vivo. Cerca está la papelería donde se pueden hacer documentos hechizos: desde diplomas hasta títulos. Es una colonia muy completa. Tiene primarias, misceláneas, dos iglesias, un Oxxo, dos hoteles de paso, notarías públicas, veterinarias...

—¡Podríamos ir al Bulldog!, si ya fuera de madrugada, o si prefieres esperarte tomando un frapuchino de fresa en el Starbucks a que oscurezca... —propones.

—¿Y a las niñas de uniforme las dejan entrar a ese antro?

—Ya parece que no... Tengo el vestido aquí abajo. Y traigo credencial para votar.

—¿Tienes dieciocho?, ¿y por qué sigues en secundaria? ¿Te enfermaste o sacas malas calificaciones?

A este tipo tan metiche te encantaría darle sexo con un látigo. El muy cabrón no tiene que guisar el relleno de las quesadillas, ni que acompañar al seguro popular cien mil horas a tu abuela Concha. De golpe se te fueron las ganas de tener sexo con él. Ya sólo quieres que pague un cuarto en el hotel de paso. Nunca has estado en uno, y te mueres de ganas de ver los espejos en los techos; dicen que hasta hay redadas... Últimamente confundes la intensidad de vivir con ponerte en peligro. En esas ocasiones, el semáforo de tu conciencia se pone en amarillo, pero tú sigues adelante sin voltear hacia los lados.

Te fastidia que a toda la gente le guste cuestionarte por qué no has terminado la secundaria. Tú

no le preguntaste a él si el Mazda es suyo o si se lo prestaron, si lo pagó de contado o si se lo robó de un estacionamiento público, con un boleto que a alguien se le cayó.

—¿Por qué me miras así? Si prefieres te digo que no es falsa. O que me puse este uniforme porque sentí una nostalgia del carajo por volver a la secundaria. ¡Devuélvemela!

—Los coches no se mueven —comenta—. ¿No preferirías irte caminando por tu cuaderno?

—¡No!

Tú le explicas que esa credencial sirve muchísimo. Te la piden en todos los edificios para dejarte entrar... y en los antros, y a la hora de comprar cigarros y cervezas.

—¿Qué?, ¿tú no tienes una? —le preguntas—. ¿O sea que eres de los que se abre paso por la vida con billetes? Pus qué cómodo, ¿no? A mí sí me hace falta. Pero quédatela si quieres, al rato me consigo otra. Ni creas que voy a estar rogándote para que me la des...

Juguetea. Hace como que te la va a dar, pero se queda con ella. De pronto, como si nada, la mete entre tus rodillas como si fueran la rendija de una alcancía. Sientes el plástico en la piel de los mus-

los. Tú quieres manejar su coche y de repente, todo parece indicar que él va a dejarte.

Estás segura de que con un vestido escotado, tacones y maquillaje, a pesar de estar panzona te verías de poca madre.

De pronto te desamarras de la cintura el suéter verde y te lo pones, porque ya hace frío.

Y este pendejo que otra vez no me habla. Ya puso las dos manos sobre el volante. Hay una grúa en Eje 7. Los carros, quietos. Siguen tocando *Poker face* en el radio...

Para variar, tu cabeza no se calla. Y sin saber por qué, te acuerdas del día en que –aconsejada por tu amiga Vicky– enfrentaste por primera vez a tu abuela.

—¿Por qué no vivimos con tu hija?

—¿De qué hablas? –te preguntó aquella vez la anciana.

—De tu hija, de la que me tocó de madre... no te hagas...

—Déjame oír la telenovela y no estés molestando –te contestó aquella mañana, sin tomarte en serio, como si estuvieras pidiéndole que te comprara un celular con cámara, un coche o unos tenis Converse.

Los claxonazos opacan *Poker face*. Volteas a ver al hombre y te hace señas de que, si quieres, le subas al volumen. Te sonrío. Te pone la mano sobre el hombro. Te roza la espalda.

—¿Y qué vas a hacer hoy en la tarde?

Escondes el panqué con nuez y las donas glaseadas debajo de un libro. No sabes qué hacer con ellos. Ojalá no los hubieras comprado.

De pronto él da vuelta a la izquierda y tú te entusiasmas. A lo mejor no es tan inepto como parece. A la derecha acaba de aparecerse el hotel Goya, adonde nadie podría entrar caminando con uniforme de secundaria de la mano de un güey; pero por suerte, esta vez andas en coche. Instintivamente te agachas. Tu cara queda justo debajo del volante.

Piensas que la vida puede sorprenderte; que un viernes en la tarde tu rutina puede dejar de ser una oruga y convertirse en mariposa o hasta en águila. Vas a saber por fin lo que se siente. Nadie de la secundaria 10 va a enterarse. Ninguno podrá subirlo a Facebook.

—Agáchate más. Bájame con los dientes la bragueta.

—¿Eh?

—¿No quieres ganarte cien pesos?

Alguien adentro de ti no habla pero sí actúa. Tu mano lucha nerviosamente por abrir la puerta del automóvil. Tus piernas huyen primero. Sientes la adrenalina corriendo y no quieres imaginar qué habría sucedido si él hubiera querido obligarte.

Deambulas sobre la avenida Patriotismo. Tienes ganas de desquitarte con alguien. Vas pateando las piedras de la calle con saña. La costumbre te lleva al metro. A esa hora, el puesto que tu abuela y tú atienden en la mañana, no es tu puesto. Por las tardes, otros venden jugos, licuados y tortas. Miras de reojo el gran comal encadenado a la caseta de lámina blanca, y te sientes tan infeliz y presa como ese comal redondo.

Te prometes que esa misma noche vas a robarte un automóvil. Ahora sí ya estás hasta la madre.

Para matar el tiempo en lo que oscurece, abordas un vagón. Ves a un vendedor ambulante de películas pirata y recuerdas a tu abuela presumiendo que a ella le propusieron atender un negocito de esos, sobre la avenida Insurgentes. Le aseguraron que había más dinero y menos trabajo que con las quesadillas. Ella no quiso. Opina

que aunque en esa chamba no hay que andar lavando comales ni desmañándose para preparar las salsas, ella no quiere porque es delito. Afirma orgullosa que “literalmente” la comida les da de comer a ti y a ella, y que no hacen nada malo. En cambio las películas sí tienen sangre. Son de los Zetas o de la mafia rusa... Para ver películas robadas, ella mejor se entretiene con la tele. Tanta culpa tiene el que mata a la vaca como el que le jala la pata es uno de sus refranes favoritos. Otro, que ella misma inventó: Si pudiéramos saber de lo que vamos a arrepentirnos, tomaríamos mejores decisiones.

Tu abuela está convencida de que sí es importante el verbo “elegir”; dice que en cada situación de tu vida tú eliges entre lo cómodo y lo correcto; entre negar tu responsabilidad con el pretexto de que todos lo hacen o poner tu buen granito de arena. Te repite que los únicos sin moral son los psicópatas, porque nacieron así, pero que todos los demás sí distinguimos entre lo bueno y lo malo. Pero tú no quieres forzar tu voluntad para ser buena, tú tienes ganas de un coche y no te importa nada. Te dices que no tienes por qué hacerle caso a la voz de tu conciencia.

Aprovechas la fatiga de los pasajeros, tu uniforme de la secundaria y tu cara de desprotegida para robarte lo que puedes. Vas de un vagón a otro quitándole a la gente cosas que vas a tirar. Como no quieres problemas, les robas a los ancianos solitarios, a los niños, a una inválida que dormita. Tienes ganas de perjudicar, de mostrar con actos que estás inconforme, que odias el mundo por su cinismo y su falta de oportunidades; que estás enterada de que los políticos son peores que los patrulleros y que a ti todo te da igual.

Con la lata de pintura que le robaste al pintor que estaba distraído hablando por celular, escribirás la palabra “puto” sobre el muro de cualquier casa recién pintada. Piensas que sólo se trata de que no te vean, de que no te descubran.

Regresas a la superficie. Miras hacia el cielo que no te ofrece más que un largo trozo de cemento sucio. Es el distribuidor vial. Una madre a la que le dicen el segundo piso o algo por el estilo, y que además de taparte las estrellas, te deja caer lentamente una especie de escupitajo gris. Una gota de agua sucia cae sobre tu cara. Maldices. Un perro viejo pasa cojeando; tú lo pateas. Impunidad. Esa es la

regla, el patrón de conducta, la tela de la que está hecha la desgracia.

Le das un zape a un niño de la calle y luego te apoderas de su cajita de chicles. La voz de tu conciencia quiere quejarse; pero tú no la dejas. Te concentras en lo mal que te sale todo. Empujas a la gente; agredes. Te dices que tienes derecho, que tu vida no te gusta. Podrías prenderle fuego a la ciudad; bombardearla; darles de batazos a los parabrisas de todos los coches que estuvieron a punto de atropellarte cuando intentaste cruzar la calle por la línea de peatones. Porque ellos siempre se pasan de la raya. La vida es una guerra y todo se vale, te convences.

Tus zapatos escolares te llevan hasta un terreno baldío. Quieres estar sola aunque siempre te sientes sola. Pero ni ahí puedes sentirte en paz. Todo es propiedad privada. Hay tres sombras jugando a la baraja; se adueñaron del lugar antes que tú. Fuman, circulan ron en una chata. La más chaparra es la líder. Lo notas de inmediato. Te acercas.

—¿Y tú qué? —te reta desde un rincón donde han construido una especie de tienda de campaña con los restos de un toldo. Tienen sillas, una mesa de lámina, varias llantas encima de las cua-

les están sentadas muy cómodamente. Entre los escombros, las varillas y la basura acumulada está una de las jacarandas más hermosas de la ciudad de México. Es la evidencia de que la naturaleza es inhumana: puede mostrarse en todo su esplendor entre automovilistas histéricos, puestos de fritangas, niños que jamás tendrán fiestas con payasos, pues trabajan de payasos desde que empiezan a caminar.

La jacaranda no necesita aceptación ni amistad; tampoco el reconocimiento de sus iguales; en cambio tú sí, Ernestina, tú sí. Reconoces a una de ellas. Es la hermana de la que atiende el puesto de pilas y relojes. Casi todo es de Tepito, mercancía china o robada. Las otras dos también son adolescentes. Miras al grupo y sientes un deseo impostergable de pertenecer. Entonces cometes el gran error de declarar lo que estás pensando: —Quiero ser su amiga —les pides.

Todas ríen a carcajadas y siguen circulando el porro.

—Es que no tengo con quien... —vuelves a equivocarte.

—¿Y a nosotras qué chingados nos importa?

—Sé conseguir comida gratis en las fondas.

—Se nota, güey,... ¡estás hecha una marrana!
—y la risa es lenta, con olor a mariguaaaaaana.

—Mejor lárgate.

—¡Hoy voy a robarme un coche!

—Nosotras andamos a pata, la jeteaste —responde una de ellas bastante ebria, y las carcajadas se vuelven trepidantes.

—No eres como nosotras; yo hace mucho que me salí de la escuela y ella está embarazada. Tú sigues en la escuela, ¿no? Ah, pero veo que sí estás embarazada... de tanto tragar tortas.

Sientes ganas de matarte o de matarlas.

Odias tu cuerpo.

Las risas van quedando como un fondo acústico permanente detrás de las palabras.

—A ver, déjenla que se siente —ordena la jefa—. Tú agarra una llanta y dime a quién vas a venderle el coche, ¿ya tienes el cliente?

—Lo quiero para mí.

—Yo creí que para venderlo en partes. Mi primo tiene su *bisnes*. Si quieres armamos algo. Tráeme las piezas. Yo te las voy pagando. Aquí, entre nos. ¿Va?

—Lo que yo quiero es tener un auto para mí.

—Si con las quesadillas no te alcanza, puedes tirarle a algo mejor... vende tachas en tu secundaria.

Yo te conozco... conmigo no hay pedo. Te fío hasta que te levantes.

Las otras dos siguen alternando el ron con las carcajadas.

—Me apodan La Reata porque soy bien *cuader-na*; pero si me fallas ya verás...

Los retortijones en el estómago te aconsejan salir del terreno baldío y regresar a tu casa cuanto antes; pero no quieres ir a ese cuarto de azotea donde tu abuela mira la tele...

—Vamos a ponerte a prueba.

En ese instante entiendes que debes inventar algo rápido. Sientes que haberle arrebatado un celular a un anciano afuera del metro no cuenta; tampoco la lata de pintura con la que grafiteaste una fachada, ni el niño al que dejaste sin su medio de vida: una mugrosa caja de chicles que se tarda en vender un día entero. Y en ese instante imaginas que algún adulto está golpeándolo por no entregar las monedas de los chicles y... Sabes que te has pasado la tarde haciendo daño. Tú tampoco eres inocente. Pero no crees estar a la altura de lo que van a pedirte que hagas.

Tal como dicen que les sucede a los moribundos, tu vida corre mostrándose por tu mente, a toda ve-

locidad. También tu futuro. Tú, que te burlas de tu abuela cuando te habla de las consecuencias, ahora las temes. Te aterroriza que tu rutina de oruga se convierta en buitre, en murciélago o en mosca pantanera.

En aquel lote baldío, próximo a un antro donde muchos menores de dieciecho años beben y bailan tras haber entrado con su credencial falsa, la jacaranda ya no luce el color de sus flores; la sombra de sus ramas no se dibuja sobre el suelo cubierto de piedras, costales de grava y cascajo. Todo está penumbroso. Al único farol que iluminaba el lote, le partieron la luz de una pedrada.

Comienzas a caminar hacia atrás. Sientes miedo de correr y también de darles la espalda. ¿En qué te has metido, Ernestina? ¿Cuál es la decisión que podría definir tu vida? Más que robarte un coche, ahora deseas intensamente volver al momento en que no habías despojado de su celular a un inválido ni habías grafiteado la casa blanca ni... Te parece una ridiculez querer llamarte Dafne. Para tu sorpresa nadie está haciendo nada para detenerte; tampoco para forzarte a que cometas un delito. Alcanzas la calle, respiras todavía con miedo, y piensas que tal vez sea verdad que algo depende de ti, de lo que tú elijas.

Cántrax

Nuria Gómez Benet

Nuria Gómez Benet es narradora y poeta. Estudió pedagogía en la Universidad Nacional Autónoma de México. Es tallerista y escritora de guiones de series infantiles de radio y televisión. Sus cuentos forman parte de diversas antologías nacionales y extranjeras. Ha trabajado en series de libros para promover los derechos humanos y la no discriminación entre niños y jóvenes. Ha sido productora y guionista en Radio UNAM y Radio Educación (SEP).

Varias de las series y campañas en las que ha colaborado han ganado premios diversos, desde el otorgado por la Asociación Mexicana de Periodistas de Radio y Televisión, hasta las bienales Latinoamericana e Internacional de Radio durante varios años. Recibió el premio de la Feria Internacional del Libro Infantil y Juvenil (FILIJ) de Cuento para Niños 2003 por “Julieta, la de cuatro”. Algunas de sus obras han formado parte de las bibliotecas de aula de la Secretaría de Educación Pública en los niveles de preescolar, primaria y secundaria desde 1986 hasta la fecha.

1

Nada. No venía pensando nada en especial. Simplemente caminaba de regreso de la escuela, repitiendo en mi cabeza una secuencia de batería. Poderosa. Trrrr bom, tac, tac, ts-t-t-t, ts-t-t-t- tsssss. Me la había inventado la tarde anterior y me había gustado tanto, que la traía metida en el cerebro. Trrrr bom, tac, tac, ts-t-t-t, ts-t-t-t- tsssss. ¡Poca madre!

Fue entonces cuando me llamó la atención la hoja azul que estaba pegada en el poste de la esquina. Azul eléctrico. Tenía dibujado un perro muy deforme, no sé, como con los ojos muy abiertos, la cabeza demasiado chica, las patas demasiado juntas –una de ellas mucho más gruesa que las otras tres– y una lengua larguísima que casi le daba al suelo. Ridículo. Encima de las orejas del animal decía:

Adiestramiento canino
Corrección de travesuras

Miré la otra esquina. En aquel poste había otra hoja casi igual; puede que con un perro un poquito menos deforme. Feíto. A las dos les habían cortado la parte de abajo en flecos, seguramente para que los interesados se llevaran su cachito, con un número de teléfono. Obvio.

Releí el anuncio y me quedé pensando en *Prisco* y *Chuy*, mis perros que, bueno, no es que fueran precisamente muy educados. ¡Un desmadre! Mi papá estaba hartito, por ejemplo, de que *Prisco* se comiera sus zapatos. El pinche perrote los dejaba como chicles masticados. No le importaba que fueran de tela, de cuero o de hule. Le daba lo mismo. En el clóset de mi papá había un montón de huaraches, botas, tenis, chanclas y mocasines. Viudos. Quién sabe por qué no los tiraba.

En cuanto a *Chuy*, el chiquito, su *hit* era hacerse pipí en el rincón de mi clóset donde yo dejaba la ropa sucia.

—¡Ja! ¡A ver si así la echas en el canasto, Andrea! —a mi papá le daba mucha risa. ¡Claro, él

no tenía que dormir con esa peste! Pero yo no le veía la gracia. Ya no había modo de quitarle a la alfombra el tufo a orines, bastaba con que se quedara un mísero tin en la esquinita, para que *Chuy* empujara la puerta con su hocico puntia-gudo y alzara la pata otra vez hacia el mismo rincón, para atinarle con su chisguete. ¡Chingado perrito!

Por eso decidí recortar uno de los flecos del anuncio, para proponerle a mi papá que llamáramos. Convencerlo. Él siempre decía que no, que no era necesario contratar a alguien, que podía entrenarlos él mismo, que no era gran ciencia... Como buen veterinario quería tener control total sobre sus perros, pero la verdad es que entre el consultorio y sus investigaciones, jamás tenía tiempo para ellos y ya estaba medio desesperado.

Chuy y *Prisco* hacían lo que se les daba la gana. Se ponían de acuerdo: *Prisco* se trepaba a la cubierta de la cocina y se empinaba sobre la cacerola del guisado, pero no para comérsela ahí, sino para tirarla. Al piso. *Chuy* lo esperaba meneando su rabito enroscado. Cuando las albóndigas rodaban por el suelo, entonces sí, se volteaban a ver,

cómplices de su travesura y, como si se hubieran deseado “buen provecho”, empezaban a comer al mismo tiempo.

Una vez que los encerramos en la azotehuela, *Chuy* se dedicó a empujar el cerrojo con el hocico; yo vi todo por la ventana. Duro y dale, duro y dale hasta que logró abrir. Entonces se hizo hacia atrás ¡... y dejó salir primero al gran *Prisco*! Sería por respeto, o para que, en caso de que los descubriera doña Nancy, fuera él, el más grandote, el que se llevara el escobazo. Abusadísimo *Chuy*.

El caso es que esa tarde, de regreso de la escuela, dejé de lado la rutina de batería que venía repasando en mi cabeza, para cortar uno de los cachitos de aquel anuncio. Lo metí en mi bolsillo y seguí repasando los golpes: tarola, tom, splash y ride, tarola, bombo, crash, una y otra vez de principio a fin, sin imaginarme siquiera que en realidad todo estaba por comenzar. Apenas.

2

Al principio me gustó. No sé, estaba bonita, se veía que era buena onda, algo así. Llegó un día,

al departamento de arriba de la farmacia, donde hace poco sólo vivía su papá. La empecé a ver por la calle seguido, en la tiendita, en la parada, o almorzando los domingos en el mercado, pero no le hablaba nunca. Sólo la veía pasar, entre semana todas las tardes, con su uniforme. Caminaba como si no viera a nadie, con las agujetas siempre desamarradas, con la mochila en la espalda y pensando, siempre pensando. Quién sabe en qué pensaría. Avanzaba como si llevara un ritmo fijo en la cabeza y no quisiera perderlo, como si el resto del mundo no existiera.

Los dos íbamos a la “Celestino Gorostiza”, ahí, cerquita del mercado, pero yo estaba en el turno matutino y ella en el vespertino, así que varias veces, a la hora de la salida, cuando yo ya estaba esperando mi pesero, la vi bajarse del otro lado de la calle, atravesar, pasar por enfrente de la parada, siempre como si no viera a nadie, siempre con las agujetas bailando contra el piso, siempre pensando quién sabe qué en su cabeza. Pero entonces yo no sabía ni su nombre.

Por aquel tiempo comenzaba yo a entrenar a la *Morra* en el Jardín de Las Trancas. No sé, desde cachorrita siempre la traía conmigo y un

día se me ocurrió que, en vez de que nada más me siguiera, a lo mejor podía aprender a hacer acrobacias junto conmigo. ¡Resultó más lista...! Primero aprendió a subirse a la patineta, ¡y a no bajarse mientras avanzábamos! A eso, luego luego le agarró el modo. Después empezó a correr a mi lado, pegadita siempre a la patineta, a brincar cuando yo brincaba, a saltar por encima de un tubo cuando yo saltaba... ¡qué chulada cómo le agarró el modo a varios trucos! No sé ni cómo le pude haber enseñado, casi que aprendió sola. Nunca se me va a olvidar la primera vez que pasó por debajo de la patineta, cuando yo, después de un salto, la aventé con los pies hacia arriba. Pasó la *Morra* por debajo, cayó la patineta y caí yo con un pie encima, para seguir los dos juntos, hasta la fuente junto a las bancas. ¡Estuvo genial!

Pues uno de esos días, iba yo feliz de vuelta a la casa. Han de haber pasado de las siete, porque ella ya venía de regreso. La vi bajarse del pesero y escuché como su papá, que la estaba esperando, le gritaba. Así me enteré que se llamaba Andrea. También su nombre me gustó. Me pareció bonito durante un par de meses.

Después de mucho insistirle, mi papá dijo que sí.

—Pero tú te ocupas de todo: hablas, te pones de acuerdo, les dices qué queremos que les enseñen, todo. Yo no tengo tiempo.

Pues muy bien, entonces hablé.

Al otro día, como habían quedado, a las once en punto sonó el timbre.

—¿Quién? —me asomé por la ventana. Era un muchacho serio que apenas alzó la mirada para responderme.

—Adieshtramiento canino.

Le puse las correas a los perros y bajé con ellos. Rapidito.

—Este es *Chuy* y este es *Prisco* —los presenté.

Pero el chavo, como si fuera mudo. Calladote. Le expliqué dónde había que aplicar la “corrección de travesuras”, y él nada más dijo que sí meneando la cabeza.

—¿A qué hora me los traes?

—Como a lash tresh —contestó entre dientes; silbaba chistoso las eses.

—¡Órale, qué larga clase!

—Cada sheshión dura por lo menosh tresh horash, másh lo que hagamosh en ir y venir —me dijo,

todo de golpe. Entonces me di cuenta de que le faltaban los dos dientes de adelante. Chimuelo. Pero ni modo de pedirle que me contara dónde los había perdido; mejor le pregunté:

—¿Cómo te llamas?

—Liborio.

—¿Y llevas rato en esto?

Movió la cabeza de un lado al otro: —Cuatro días.

—Yo soy Andrea —y le di la mano, pero él nada más tomó las correas de los perros.

Tres horas me pareció mucho tiempo, pero como yo nunca había mandado a ningún perro a entrenar, pues me imaginé que así era la cosa. *Chuy* y *Prisco* se fueron por la calle, meneando el rabo detrás de Liborio y yo me sentí contenta. Iban a distraerse un rato y, finalmente, a lo mejor de veras aprendían a “hacer menos estropicios” en la casa, como queríamos. Ojalá.

Cuando regresaron, Liborio me enseñó lo que habían practicado. Él les decía: “Muertito”, y los dos se tiraban panza arriba, con la cabeza de lado y la lengua de fuera. ¡Chistosísimos! Luego él les chiflaba y se paraban de un salto. Sacaba de su cangurera unas croquetas de premio, y le daba una

a cada uno. Los dos las atrapaban en el aire y se las tragaban. Como cápsulas.

—¡Ah, mira qué bien! —le dije a Liborio—. ¡Rindieron las tres horas! ¿Y cuándo vienes de nuevo?

—Vengo el martes, a la mishma hora. Shábadosh, martes y jueves.

—Muy bien —le pagué—. A lo mejor el martes te recibe mi papá, se llama Alfonso. Es veterinario. Digo, por si un día lo necesitas.

Me despedí y subí de nuevo con *Chuy* y *Prisco*. Parecían cansados. Cuando los llevé a la azotehuela, se gruñeron porque no cabían al mismo tiempo por la puerta. Luego se tiraron cada uno en su tapete. Molidos.

—¡Vaya! —pensé— ¡se ve que la clase estuvo intensa! Y volví a la bataca.

4

Fue un sábado en que me la encontré en la parada. Yo iba al parque con mi patineta. Ella estaba junto al poste. No sé, me puse dizque a leer un letrero que estaba ahí pegado, uno azul con un dibujo muy mal hecho de un perro. “Adiestramiento ca-

nino. Corrección de travesuras” –decía–. Recorté uno de esos pedacitos que traían el teléfono, para hablar a ver cuánto costaba. Ya la *Morra* había aprendido a hacer varias acrobacias, algunas muy difíciles, pero yo no había logrado que hiciera caca en un periódico, como había visto hacer a algún perro listo en la tele. Era una buena idea, porque si lo aprendía, yo, en vez de andar recogiendo cacas por todos los rincones del patio, nada más tendría que enrollar el periódico y listo. Así que recorté un pedacito de aquel letrero. Ahí fue cuando ella me habló.

—¿Vas a llamar para que entrenen a tu perro?
—me dijo de pronto.

Volteé y me quedé mirándola. Sí estaba bonita, la verdad. Tenía unos ojos grandotes, oscuros, hondos, como me imagino que deben ser los hoyos negros del espacio, esos enormes, misteriosos, que todo lo jalan hasta hacerlo desaparecer en lo más profundo. Me sonreía como si fuéramos amigos.

—E...este, a lo mejor, no sé –le contesté–.
(¡Guau, qué ojos!) ¿Por?

—Pues, porque a mis perros los están educando ahí. Ya saben rodar de muertito, dar la mano

y caminar en dos patas, como la gente. Está bien chido, la neta.

No sé, me cayó bien. Me contó que varias veces a la semana pasaba un chavo a buscar a sus perros. Se los llevaba a la escuela canina y luego los regresaba.

—¿Y hace mucho que los están enseñando? (¿Tendrás novio?) —le pregunté.

—No, no hace tanto, apenas empezaron la semana pasada. Pero ya aprendieron un montón de cosas. Deberías hablar, en serio.

Justo entonces tuvo que llegar mi pesero.

—Bueno, pues gracias (¡Chin!).

Luego hice como que no sabía su nombre:

—¿Cómo te llamas?

—Andrea, ¿tú?

—(¡Je, ya lo sabía!) Cristóbal.

—Chido, Cristóbal —y sus ojos me miraron, otra vez como queriéndome absorber.

5

Gedeón avanzaba recogiendo los billetes antes de cada una de las luchas. Tenía las manos llenas de cicatrices. ¡La de animales que lo habían mor-

dido! Gráciles y pesados, callejeros y con tatuaje de pedigrí, vigorosos perros jóvenes y héroes moribundos con más combates que pelambre. Su centro de peleas caninas era conocido por todos en el barrio. No había otro remedio: a la hora de los encuentros, el escándalo de gritos y ladridos llenaba la calle. Entre las gargantas que rugían, atentas al pequeño cuadrilátero, azuzando a su preferido y los gruñidos de los perros entre mordiscos y tarascadas, no había modo de que el lugar fuera secreto. Era tan ilegal como conocido. Operaba a la luz del día. Todos los lunes, desde las once de la mañana hasta las siete, ocho de la noche. Todos sabían que los espectadores debían tocar con los nudillos en la pequeña puerta de atrás; tres veces, luego otras dos:

—Toc, toc, toc... toc, toc.

Si eran menos de las ocho, la puerta se abría. Después de esa hora volvía la calma. De noche no se oía jamás un ladrido. Gedeón Merino le echaba llave a la puertita de atrás. Luego, salía por la de adelante al súper de la esquina. Aquel hombre delgado compraba siempre una torta y un café, y regresaba a su casa como cualquier vecino. Tras las cortinas del segundo piso se encendía la luz y todo

lo que salía entonces del lugar eran las palabras, a medio murmullo, de un viejo televisor.

6

Se murió *Chuy*. Sin ponerse mal antes ni nada. Una tarde regresé de la escuela y ya se había muerto. Horrible. Desde que abrí la puerta se me hizo raro que sólo viniera *Prisco* a saludarme, parecía inquieto.

—¿Qué pasó, perrote? —le dije—. ¿Y *Chuy*? ¿Dónde está *Chuy*?

Al escuchar ese nombre, *Prisco* empezó a chillar y a ponerse más y más nervioso. Entonces avancé por el pasillo ya con miedo y sí, en el patio vi al pobre de *Chuy*, con los ojitos abiertos y las patas estiradas. Tieso.

—¿*Chuy*! ¿*Chuy*! ¿Chiquito! ¿Qué tienes?

Estaba inmóvil. Puse mi oreja en su pecho para oírle el corazón. Nada. Cero. El peludo cuerpecito estaba frío. Ya ni siquiera se sentía igual acariciarlo. Y aunque estaba segura de que ya no había nada que hacer, marqué enseguida a la clínica veterinaria.

—¡Papá! ¡Papá! ¡El *Chuy* está muerto! —le dije llorando.

—¿Có...cómo? ¿Estás segura?

—No respira, está tirado en el patio y su cuerpo está frío. Muertísimo.

—Pero, ¿qué le pasó, m'hija?

—No tengo idea. Vengo llegando...

—Ni lo muevas ni nada. Terminó con una consulta y salgo para allá, m'hija.

Colgué el teléfono, me senté en el escalón del patio y abrazada de *Prisco* seguí llorando junto al cadáver de mi perrito. Inconsolable. La cola lacia en el piso. Inmóvil. En el hocico medio abierto se escondían los colmillos, encimados unos en otros, como si les asustara estar ya sin aliento. Perrito. Me acordé de cuando era cachorro, que corría sin saber bien y se tropezaba hasta con la manguera.

Prisco se dejaba abrazar, no se despegaba de mí más que para olisquear de cuando en cuando a su compañero y dejar escapar algún chillido. Triste.

Así estuvimos hasta que se oyó la puerta. Papá. Ya el sonido de sus pasos me hizo sentir un poco mejor. En tres zancadas estaba junto a nosotros.

—A ver, m'hija, déjame verlo —me dio un beso y se arrodilló frente a él.

No necesitó usar el estetoscopio que traía colgado. De verlo se dio cuenta de que estaba muerto, pero igual quiso hacerle un masaje cardiaco, y trató de revivirlo un par de veces. N..n. Inútil. Luego, me echó una mirada y dejó al perrito tirado panza arriba, para abrazarme.

—Está bien muerto, m'hijita. Lo siento de veras.

—¿Y de qué se habrá muerto? —le pregunté desde su hombro—. En la mañana que les di de comer se veía perfecto.

—¿Segura?

—Sí... —me quedé pensando—. Bueno, fuera de que estaba como de malas, pero de eso ya hace varios días, igual que *Prisco*. Se cansan, creo.

Las clases los agotaban y regresaban de mal humor. La tarde anterior *Prisco* y *Chuy* se habían peleado. Rarísimo. Ellos nunca se peleaban, ni siquiera por la comida. Los dos dejaban al otro comer de su propio plato sin gruñidos, vaya, ni siquiera se miraban feo. Pero los últimos días parecían unos viejos rezongones, de esos que siempre están juntos, pero siempre se están peleando y se regañan entre ellos.

—Es raro —mi papá levantó la ceja derecha, como la levanta siempre que se preocupa. Luego, como si

se acordara de algo importante, se fue a revisar las cacas de perro que estaban al fondo del patio.

—Mmm... —alzó la ceja de nuevo—. Esto mejor lo recojo y lo analizo en el microscopio. A lo mejor nos da algún indicio de por qué se nos murió el *Chuy*, ¡pobrecito!

Yo me quedé en el patio. Tiesa.

7

Cuando Gedeón vio llegar a Liborio sólo con *Prisco*, tronó la boca.

—T-t... ¿y ora? ¿Dónde está el otro?

—Que she murió...

—¡Chale!, ¡si iba rebién! ¿Y te dijeron de qué?

—Que un ataque al corashón, o algo ashí.

Gedeón sacó su paliacate y se sonó. Luego hizo en el aire una señal de la cruz con el pañuelo hecho bola:

—Por el *Chuy* —y se guardó el paliacate en el bolsillo. Después miró fijamente a Liborio—: Pues, ¿ya qué?, trabaja con el grandote, ¿qué esperas?

Y mascullando las palabras por lo bajo se alejó.

—La de malas... ¡Iba rebién el canijo *Chuy*!

Cuando Liborio le estaba poniendo a *Prisco* el collar de castigo se acordó que el día anterior había encontrado abierta la puerta de la covacha. El señor Gedeón por ahí no iba. Sólo que hubiera sido el *Chuy*.

8

Una tarde que estaba lloviendo durísimo, empecé a odiarla. Todos nos amontonábamos debajo del techo de la entrada, mientras escampaba tantito. Ella llegó con un paraguas. La venía consolando una compañera. Se metió entre la bola y cerró el paraguas antes de verme.

—¡Cristóbal! —la mirada de hoyo negro por encima de las cabezas— ¿puedes venir tantito?

Me paré junto a ella. Sobre mis zapatos goteaba su paraguas pero de eso no me di cuenta, estaba muy ocupado dejándome absorber.

—¿Cómo está tu perra?

—¡La *Morra*? Bien, ¿por...?

—Es que mi perrito, el *Chuy*, se murió.

—¡Uy! —nunca he sabido darle el pésame a la gente cuando alguien se le muere, aunque sea un perro—. ¿Y de qué se murió?

—No sabemos, por eso quería hablar contigo.

—¿Conmigo?

—Mi papá encontró una sustancia en la caca de mi perro.

—¿Tu papá? (qué raras costumbres tiene el tipo, pensé.)

—Es que es veterinario y se puso a investigar, porque el *Chuy* no estaba enfermo ni nada. Te digo que encontró una sustancia extraña y sospecha que lo envenenaron o algo.

—¿Quién?

—No sabemos, pero en la caca del *Prisco* también encontró restos de la misma cosa, aunque mucho menos...

—Algo que habrán comido...

—No, nunca salen de la casa más que a sus entrenamientos. Por eso te quería preguntar si a tu perrita no le has notado nada raro.

—¡¡A...a la *Morra*?! —no sé, como que hasta la voz me tembló—. N..nno, ¿como qué?

—Pues como que esté gruñona, o algo.

—¿Gruñona? (¡Chale! De veras, ¡ayer por nada me muerde!)

—Mis perros han andado súper de malas últimamente.

—(Por cierto, ayer vomitó la *Morra*, y ¡chin!
¡Fue como cuando le dio hepatitis!)

—A *Prisco*, el otro, el grande, lo tenemos en observación y no lo vamos a dejar salir hasta que sepamos bien qué pasó.

—(¡Carajo!)

—¿Te imaginas si también se nos muere?

Desde ese instante la odié. ¿Cómo se le ocurría? La *Morra* debía estar justamente saliendo de su adiestramiento. Era lunes y los lunes le tocaba. La pasaban a dejar a la casa como a esa hora. ¿Qué me estaba queriendo decir Andrea? ¿Que el instructor que ELLA me había recomendado podía estar envenenando a mi perra? ¿Que la escuela que TAN BIEN enseñaba a sus perros a hacer chistosadas, podía estar matando a la *Morrita*?

Encima sentí cómo el agua se me había colado a los calcetines. Me le quedé mirando con los dientes apretados, con los ojos duros y me sacudí los pies.

—¡Púdrete, Andrea! —y salí en pleno aguacero, corriendo a zancadas entre los charcos; detrás de mí, un montón de carcajadas secas.

El doctor Alfonso Rodríguez era un investigador controvertido. Sus revolucionarias ideas acerca del funcionamiento del sistema inmunológico de los animales no eran muy aplaudidas por la comunidad académica de Medicina Veterinaria. Eso de que Rodríguez afirmara que ciertas vibraciones fortalecían las defensas del organismo, era tomado a broma por sus colegas.

El laboratorio de Rodríguez estaba lleno de jaulas con ratones, suspendidas y aisladas sonoramente del exterior. Dentro de cada una se percibían vibraciones de diferentes timbres e intensidades, dependiendo de la enfermedad que se le hubiera inoculado al roedor que la habitaba. Murmuraban las malas lenguas que el silencio que reinaba en aquel laboratorio se debía a que todos los sujetos de experimentación, ratones blancos, conejos y cueros, funcionaban “en modo vibrar”. Sus más acérrimos rivales, los fanáticos del antibiótico a ultranza, le llamaban Roooo-dríiiiigueeee y simulaban temblorinas y calambres por los pasillos de la Facultad a sus espaldas.

Pero a él poco le importaba, tenía una firme confianza en sus teorías y les recordaba a sus con-

trincantes, cada vez que podía, que era el único veterinario en Latinoamérica que había logrado salvar a varios ratones de una colibacilosis mortal, con un tratamiento no agresivo, basado en prolongadas dosis de canto armónico, el singular sonido de los monjes del Tíbet. Efectivamente, a los cuatro días de ser expuestos sin pausa a las vibraciones de este canto oriental a través de un mp3, los animalitos habían entrado primero en un estado de letargo y después, despertado vigorosos y animados, sin trazas de la terrible bacteria en sus excretas. Los estudios posteriores habían revelado en su timo, órgano de gran influencia en la respuesta inmunológica, una intensa actividad durante las sesiones del canto budista.

El Doctor Alfonzoo, como prefería ser conocido en su consultorio, llevaba días encerrado, absorto en el análisis de los restos de la última cena del *Chuy*, el perrito consentido de Andrea, su hija.

Había puesto una porción en un tubo con un líquido morado; otra en un matraz con ciertos polvos amarillentos que olían a cloroformo; a otra morusa, triturada y untada en el agaragar de una caja de Petri, le había añadido unas gotitas verdes que echaban humo. A cada tanto, tomaba uno de

estos cultivos y muestras y lo llevaba al microscopio, donde pasaba largo rato observándolo. Luego, iba de la libreta al pizarrón, de ahí a su computadora, de ahí a sus libros y de vuelta al pizarrón a borrar sus garabatos incomprensibles.

Al tercer día gritó:

—¡Ántrax! ¡Maldita sea!

Descolgó su chamarra, se la embutió sobre la bata y, olvidándose de cambiar de sinfonía al cuyo de la tromboflebitis, azotó por fuera la puerta del laboratorio.

10

Me cae que no se qué le hice. Cristóbal se puso furioso conmigo. Yo sólo quería avisarle, para que estuviera pendiente de su perro, pero fue como si le hubiera dicho que yo lo acababa de envenenar. Furibundo. Salió corriendo a medio aguacero y desapareció entre los charcos.

—¡Chale! —pensé—, me caía bien el chavo. Ni modo.

Desde el primer día mi papá se puso a investigar qué podía haber matado al *Chuy*. Nada más por saber, total al *Chuy* ya no lo íbamos a revivir.

Bueno fuera. Pero un día se apersonó en la casa a media mañana, sin avisar.

—¡M'hija! ¡Andrea! —gritó desde abajo—, ¿ya pasó la basura?

—No, ¿por?

Suspiró.

—¿Ya recogiste la caca de *Prisco*?

—Ahoritita la iba a recoger —le respondí.

—¡No, no, no, no! —me detuvo a medio camino—. Yo la recojo. ¡No puede ser en cualquier bolsa de reúso!, debe ser esterilizada —y sacó del bolsillo de su bata una que traía del laboratorio.

Me dio un beso y se fue. Más tarde, cuando iba yo de camino a la escuela, me llamó por teléfono: —Te tengo malas noticias, m'hija. Dos.

—¡No puede ser! ¿Ahora qué?

—La primera es que ya sé qué fue lo que mató al *Chuy*.

—¿Qué fue?

—La espora de un bacilo, genéticamente modificada.

—¿La qué...?

—Luego te explico, ¿has oído hablar del ántrax?

—No.

—Una enfermedad que se usó como arma biológica hace años en Estados Unidos, cuando lo de las Torres Gemelas.

—No, pues no me acuerdo, fue hace mucho.

Bueno, pues el *Chuy* tenía en su organismo un porcentaje altísimo de bacilos de una especie de ántrax, pero para perros. Eso lo había matado.

—¡Chale! ¿Y dónde se contagió o qué?

—Eso todavía no lo sé bien, debe habérselo comido, pero en grandes dosis. No me explico qué pudo haber tenido esa concentración tan enorme.

—¡Chin! —me dio mucha tristeza imaginarme lo mal que lo habría pasado las últimas horas el pobre perrito. Sufriendo.

—Pero la otra noticia está peor, m'hija.

—¿Qué? Ya dime.

—Que el *Prisco* también está contagiado.

—¡Nooo!

—Una dosis mínima, pero es la misma sustancia.

Sentí que me moría.

—¿Y lo puedes curar, papá?

—¡Ay, Andrea! —me dijo alzando la ceja—. ¡No lo sé, m'hija! ¡Qué más quisiera!

Cuando guardé el celular me quedé mirando hacia ninguna parte. Perdida. Entonces vi de nuevo en el poste el pinche letrero azul, con el perro deforme.

11

Me fui derecho a la casa. Traía los zapatos empapados y mientras caminaba, venía pensando en lo que me preguntó Andrea. Sí, sí había notado algo raro, la *Morra* llevaba varios días de muy mal humor y además, eso era: había vomitado sangre, como cuando casi se me muere de hepatitis canina. De entrada pensé que algo le había hecho daño, pero cuando Andrea me contó lo de su perro, me cayó el veinte de que era igual que en la hepatitis. ¿Sería que en la escuela de perros la habían vuelto a contagiar? ¿Sería que el *Chuy* se había muerto de hepatitis?

(¡Aaargh!) Tenía ganas de gritar. ¿Quién me había mandado confiar en Andrea? Y a ella, ¿cómo se le ocurría andar recomendando gente que no conocía bien? También yo, por ser tan ingenuo, pero y ella, ¿qué creía?, ¿que porque estaba bonita podía salirse con la suya? ¿Que ahí no había pasado nada y tan-tan? Claro que no, juré que no vol-

vería a tenerle confianza, aunque sus ojos quisieran absorberme completito. Por su culpa mi perra se estaba muriendo.

Llegué a la casa empapado...

—¡Mamá, mamá! ¿Ya trajeron a la *Morra*?

—No, todavía no —respondió antes de verme—. ¡Pero mira nada más cómo vienes de mojado! ¡Te va a hacer daño, Cristóbal! Báñate y ponte ropa seca, ¡córrele!

Pero eso no fue lo que hice. Volví a salir a la calle y corrí hacia donde se iba el chavo con la *Morra* cuando la llevaba al entrenamiento. A las pocas cuadras, los encontré metidos en una tienda.

—¡*Morra*! —la abracé—, ¿estás bien?

—Ah —me dijo el chavo— ya íbamos, shólo eshtábamosh eshperando a que dejara de llover tantito.

Había una señora y un niño, muy divertidos, porque el tipo les estaba enseñando los trucos que hacía mi perra.

—Dame chanshe, nomash lesh ensheño un último truco, que tú tampoco hash vishto.

Sacó una croqueta de su cangurera, de esas especiales que él le daba, y le dijo a la *Morra*: —¿Cómo hashe el sholdado?

En cuanto vio la croqueta, la perra no le quitó los ojos de encima. De volada se paró en dos patas y con una manita saludó como soldado. El chavo le aventó una croqueta, pero justo cuando la *Morra* saltaba para cazarla en el aire, la atrapé al vuelo en una mano.

—¡Vámonos, *Morrita*! —y agarré la correa—. No pases a buscarla de nuevo —le dije al chavo.

Salí otra vez al aguacero con mi perra y regresamos corriendo a la casa.

—¡Oye! —se quedó gritando el otro en la tienda—. ¿Y quién me paga la clashe?

No le hice caso. Me llamó otro par de veces y luego, se metió. Se ve que no era tan importante como para mojarse.

Llegando a la casa le hablé de volada a la doctora Melissa y me tranquilizó. Me dijo que no me preocupara tanto por la *Morra*, que le diera las mismas pastillas de la otra vez. Y que la llamara si no mejoraba.

Al otro día, cuando regresé de la escuela en la tarde, mi mamá me estaba esperando con cara de haber llorado muchísimo. No sé, de veras me dio un sustazo:

—¿Qué pasa, mamá? ¿Es la *Morrita*? ¿Se puso peor?

Ella me miró como si no supiera de qué le estaba yo hablando.

—¡Ay, hijo! ¿Se puede saber qué es esta pastilla que se lavó en tu chamarra? Ya me había advertido mi comadre que hasta en la escuela les ofrecen las “desas”. Las malditas “tachas”, o como se llamen —y abrió la mano para enseñarme la croqueta, todavía medio mojada—. ¿Que no ves que las drogas destruyen?

Yo le expliqué que era una croqueta de perro, pero no sé, estoy seguro de que no me creyó.

12

Según mi papá, las esporas que había encontrado en la caca de *Chuy* y de *Prisco* eran de una bacteria que se llamaba Cántrax, un tipo de Ántrax, hecho para contagiar a los perros. Se había inventado hacía poco, en Estados Unidos, porque en dosis chicas podía hacer más feroces a los perros del ejército y la policía. Además les hacía la piel más resistente y más fácil de cicatrizar, cuando los herían o algo. Pero se había demostrado que tenía otros efectos peligrosos y el gobierno la había prohibido.

—Pero, ¿y cómo vino a dar hasta acá? —le pregunté.

—No sé, hija. De lo que estoy seguro es de que quienes la crearon, la hicieron para administrarse por vía oral, o sea que *Chuy* y *Prisco* deben habérsela comido.

—¡Pues sólo que en el entrenamiento, porque ni modo que aquí...! A menos que Liborio los haya dejado comer alguna cochinidad por el camino!

—El *Chuy* tenía una concentración altísima, ¡lo tendrían que haber atascado, m'hija! En cambio el *Prisco* no, en él encontré una cantidad casi indetectable.

Entonces se quedó callado y alzó la ceja derecha: —A ver, cuando hablaste con los de esa escuela para perros, ¿alguien te mencionó que podían entrenarlos para defensa?

—No. Nada más les dije que queríamos que ya no se comieran los zapatos y que dejaran de hacerse pipí en el rincón del clóset... ¡ah, bueno y lo de robar la comida de la cocina! ¿Para qué íbamos a querer que *Chuy* y *Prisco* se volvieran peleoneros?

—¡Peleoneros! ¡Pelea de perros! —gritó de pronto mi papá—. ¡No sabes lo que la gente apuesta a un perro que de entrada se nota agresivo!

—Pero...

—¡El Cántrax resultaría ideal para perros de pelea! ¿Tienes la dirección de la escuela esa?

—No. Sólo el teléfono.

—Dámelo, algo es algo.

Ya iba yo a mi cuarto, a buscar el pedacito de papel azul en la mochila. Pero me regresé, preocupada: —Oye, papá, ¿y el Cántrax con qué se cura?

—¡Uy, m'hija! ¡Ojalá supiera! Como era experimental, nadie lo investigó. Pero estoy seguro de que, como todas las enfermedades, puede detenerse o hasta curarse con la vibración que provoque en su sistema inmunológico el estímulo adecuado. Todavía no sé cuál será. ¡Tengo que escribirle al doctor Wilkins!

El doctor Wilkins era un veterinario gringo, de la misma corriente alternativa de mi papá. Había trabajado en investigaciones con las víctimas de aquel ataque biológico terrorista en el dos mil uno.

Para cuando le di el teléfono de la escuela canina, él ya estaba escribiéndole un mail.

Querido amigo:

Es un gusto saludar a usted una vez de nuevo. Por favor perdona mi malo espaniol, aunque va mejorando, no aprendo rapidamente pero no tengo una enie, ni accents en mi teclado toravia.

Bien, es triste que su hija de un perrito es muerto, yo estoy siento mucho.

Pero tengo buenas noticias para ti, mis investigacion con Antrax han progresando en el ultimos meses. Unos ratones de mi experimento, inoculistas con el bacteria, mejoran en mucho manera con vibraciones de los que llamo "cymbals", un vibracion parece como una baterista loco por sus platos grandes todo el tiempo.

Ahora estoy en Wyoming, en otro proyecto experimentando, pero le digo a doctora Louise Hastings, mi asistenta puede mandar pronto un archivo mp3, con el sonido adecuada que puede con esperanza curar otro perrito cuando exponerlo mucho. Espero es util suficiente.

Tibios recuerdos para usted y Andrea suya hija.

Dr. Geoffrey Wilkins

Pero a Louise la había abandonado míster Hastings la noche anterior a que le llegara la instrucción de su jefe, y pasaría dos semanas deprimida, sin salir de las cobijas, antes de poder rearmarse y tomar en sus manos el asunto.

14

Gedeón Merino escuchó un ladrido en su bolsillo, mientras comía una torta más del súper de la esquina. La vieja tele recitaba las noticias y el hombre la mandó callar con el dedo sobre el control remoto. Después, respondió a la llamada en su celular. Era un individuo que estaba interesado en llevar a su perro a la escuela de adiestramiento. Preguntó precios y horarios, como cualquier cliente, pero después el tipo empezó a indagar sobre la posibilidad de cambiarle el carácter a un perro manso. Quería saber si se podía convertir a un dócil animal de compañía en una bestia iracunda, si algo así podía lograrse sólo por medio de la comida, de mezclarle algo con las inofensivas croquetas de cada día. Insistía en el tema con tal interés, que a Gedeón le dio desconfianza.

—¿Diga? No le escucho con claridad... Bueno, bueno, ¿señor? ¡Caray, lo perdí!

Y le colgó. A partir de ese momento, no volvió a responder llamadas más que de sus números conocidos.

15

El canijo mp3 nada más no llegaba. Días. A mí me urgía para llevárselo a la *Morra*. Cristóbal seguía furioso conmigo. No me quería ni hablar. Mal plan. Ese sábado que lo fui a buscar al parque de las Trancas, casi ni me contestó.

—Hola, Cristóbal.

—Hola —con trabajos me miró.

—Quería saber cómo sigue tu perra.

—Mal, ¿cómo iba a seguir? Cada día está peor.

—¡Híjole!, lo siento, neta. Quería pedirte una disculpa por haberte recomendado con esa gente.

—Pues eso ya no tiene remedio. ¿Qué más quieres? (Déjame en paz.)

—Pues quisiera ayudar...

—No sé, no creo que puedas ayudar (si todo esto es por tu culpa), gracias.

—Pero... aunque sea cuéntame, ¿la llevaste al doctor? ¿Qué tiene? ¿Qué te dijeron que tiene?

—No creo que sea asunto tuyo, en todo caso no puedes ayudar. (Lárgate. Te odio.)

Y se arrancó en la patineta hecho la raya.

—¡Hey, Cristóbal! Es que sí puedo ayudar, ya sé lo que tiene. ¡Déjame ayudar!

Ni manera de alcanzarlo. Me quedé muy sacada de onda. Preocupada. Si de verdad la *Morra* estaba empeorando, si de verdad tenía Cántrax como sospechábamos, iba a estar cañón que su veterinario adivinara y la perrita seguramente se iba a morir como el *Chuy*, tarde o temprano.

Los de la escuela canina ya no nos tomaban las llamadas. Ya con eso mi papá estaba segurísimo de que ellos eran los culpables.

A Prisco lo teníamos en observación. Y nada. Parecía que estaba bien, de la bacteria ni sus luces. Él comía, meneaba el rabo y se tiraba de muertito aunque no le diéramos premio. Según mi papá, la dosis que se había comido no había sido suficiente. Si la *Morra* se había enfermado, decía mi papá, era porque seguramente tenía bajas las defensas, o había comido más, como el *Chuy*. Y se iba a morir también. A menos que yo pudiera evitarlo. ¡Híjole!,

tenía que lograr que Cristóbal me oyera, que me tuviera confianza. Una vez, aunque fuera.

Estaba decidido, en cuanto llegara el mp3 le iba yo a sacar una copia y se la iba a dar a Cristóbal, aunque no quisiera, con todas las instrucciones para que intentara curar a su perrita. Eso. Nada más faltaba que apareciera el mail de la doctora Hastings. Sólo eso.

Pero pasaban los días y el mail no llegaba. Yo le daba vueltas y vueltas al asunto en mi cabeza, cada tarde, mientras le daba a la bataca: Trrrr bom, tac, tac, ts-t-t-t, ts-t-t-t- tsssss; trrrr bom, tac, tac, tssss. ¡Entonces caí en la cuenta!: “Cymbals” había escrito el doctor Wilkins en su mail, y “cymbals”, justamente... ¡quiere decir platillos en inglés!

—¡Igual es chicle y pega! —y corrí a consultar con mi papá.

Era domingo. A lo mejor estaba Cristóbal en el parque. Esta vez debía seguirlo hasta su casa sin que me viera. De lejitos.

16

La doctora Melissa no sabía bien qué tenía la *Morra*. Me dijo que no era una hepatitis normal como la

de hacía dos meses. Le mandó hacer pruebas de laboratorio y le seguíamos dando medicinas mientras entregaban los resultados. Pero en todo el fin de semana, no sé, como que no había mejorado nada. El lunes, mi mamá iba a hablar para ver los resultados, en lo que yo iba a la escuela. Buena onda mi mamá.

En cuanto sonó el timbre de salida corrí a mi casa. Como dos cuabras antes empecé a escuchar algo. No sé, como unos platillos. Al dar la vuelta en la esquina, vi a Andrea sentada afuera de mi casa, con un montón de platillos, tocando ahí, en la banqueta. ¡Un escándalo...!

—Oye, ¿qué crees que estás haciendo?

—Curando a tu perra —me dijo.

—¿Estás loca? (¡Está loca!)

—Por favor, Cristóbal —dijo sin parar—, sólo déjame explicarte.

Yo sólo volteé a ver para arriba. Y vi a mamá asomada a la ventana. Ni modo de armar un panchazo. La escuché pues. Y me explicó todo. No sé, una bola de ideas rarísimas. Yo seguía muy enojado, la verdad. Y por lo que me decía, entre su papá y ella no sé quién estaba más chiflado. Pero Andrea había ido a mi casa con todo y platillos. Pensé que en realidad no tenía por qué haber hecho eso. Si

yo de todos modos ya le había dicho que la odiaba. (¿O sólo lo había pensado?) Creo que fue entonces... no, seguro que fue entonces cuando bajé la guardia. Un poco.

Le dije que yo tenía una de esas croquetas.

—¿Una qué? —estaba dando platillazos cada vez más fuertes.

—¿Una croqueta de esas que el chavo les daba! —grité.

—¿De las de la cangurera de Liborio? ¡¿De veras?! —dejó de tocar y abrió sus ojotes— ¡Tráetela! ¡Córrele!

Vi en su mirada un brillo intenso, no sé, nada que me absorbiera, más bien me di cuenta de que tenía que entrar corriendo a la casa. Tomé la croqueta, o lo que la lavadora había dejado de la croqueta, y volví con Andrea. Desde su cuarto mi mamá me preguntó:

—¿A dónde vas?

Cerré la puerta. Andrea pegó un chiflido desde la calle y en señas le pidió a mi mamá que le cuidara la batería. Ella dijo que sí. Entonces Andrea me agarró de la mano y corrimos hasta la esquina. Apenas recuperamos el aliento cuando pasó el camión que iba hacia la Universidad. Yo le hice la parada.

Tocaron el timbre y *Prisco* fue corriendo hacia la puerta. Alborotado. Era bien tarde y no estábamos esperando a nadie.

—¿Quién? —mi papá se asomó por la ventana.

—Buenash nochesh, ¿doctor Alfonso?

¡De un brinco llegué junto a mi papá! Ese tenía que ser Liborio.

—¿Quién eres tú?

—¡Es Liborio, el que se llevaba a los perros!
—contesté yo antes que él.

—Espérame, ahorita bajo —disimuló mi papá, pero en cuanto cerró la ventana cambió de tono—. ¡Desgraciado! ¡Me va a oír!

Yo bajé con él, por supuesto. Enojada.

Resultó que Liborio había renunciado a su trabajo en la escuela de perros y quería ver si mi papá no necesitaba un ayudante. De casualidad. El chavo también quería ser veterinario. ¡Uy, mi papá se puso más furioso todavía!

—¡Pero, ¿cómo se te ocurre?! ¡¿Tú crees que después de saber lo que les daban a los perros en ese lugar yo voy a poder confiar en ti, baboso?!

—Do...doctor, le juro que yo de esho no shabía nada...

—¿Cómo no ibas a saber nada si tú te llevabas a los perros y te encargabas de darles las croquetas?!

—Puesh esho shí, pero...

—Papá, papá... —le toqué el hombro.

—¡Este tipo es el responsable de que el *Chuy* se haya muerto, hija!

—N..no, le juro que yo no shavía nada...

—Papá —le dije—, ¿por qué no te esperas a ver qué te dice? A lo mejor sí podemos confiar en él.

Mi papá alzó la ceja. La derecha. Y respiró profundo. Después soltó a Liborio.

—Está bien, vamos a dejar que nos platiques tu versión...

Liborio se acomodó la sudadera y empezó a contar.

Había entrado a trabajar en la escuela de Gedeón Merino hacía poco. Quería ser entrenador de perros. Gedeón le había dado el trabajo y le había dado las croquetas para los premios. Con la advertencia de que no debía darles más de diez a cada uno en cada sesión. Era muy estricto con eso. No menos de cinco, ni más de diez.

Aparte de la escuela Gedeón tenía el negocio de las luchas. Él tenía sus perros, varios, pero no

eran suficientes. A veces necesitaban descansar, sobre todo después de los peores combates. Entonces, Liborio lo había descubierto poco a poco, empezaba a usar a los perros que ya llevaban un tiempo en entrenamiento. Tres meses. Les inventaba a los dueños que se habían sacado la rifa de un intensivo con todo y pensión, y se quedaba con los perros una semana. El lunes, día de los combates, los ponía a pelear, mañana y tarde. El resto de la semana los curaba y los dejaba reponerse para devolverlos a su casa.

Esa semana les había tocado a dos nuevos por primera vez. Contaba Liborio que les habían tenido que cambiar el nombre para las peleas. No podían presentar a dos perros que se suponía que eran muy feroces como “*Princezz*” y “*Chisguete*”. De volada les habían puesto “*Black Queen*” y “*Napalm*”. Liborio hasta sufría al contarlo:

—¡Pobreshitosh! ¡Hubieran vishto cómo quedaron! ¡Y uno she encariña con losh animalitosh! —decía—. Fue entonshesh cuando le reclamé al sheñor Gedeón.

Pero él le había dicho que no se pusiera así, que ya para el día siguiente los perros iban a estar bien.

Que él lo único que debía hacer era irles reduciendo las croquetas conforme fueran mejorando. Que ya para el lunes que los llevara a sus casas, serían los mismos perritos amables del primer día.

—Yo no dije nada —siguió Liborio—. Pero me quedé penshando. Y mejor me vine para acá. ¿Ushtë me puede dar trabajo, doctor?

Mi papá le dijo que no. Pero yo lo volví a llamar a un ladito.

—Dale chanshe, digo, dale chance... a lo mejor el chavo sí es de fiar. ¿Por qué no lo tomas a prueba?

18

El primer encargo de Liborio fue darle al doctor Rodríguez una lista de los nombres, direcciones y teléfonos de los dueños de otros perros que estuvieran yendo a clases en “Adiestramiento Canino”. Eso, y el nombre completo del señor Gedeón y la dirección de la escuela, con todo y código postal.

Cristóbal, Andrea y el doctor se encargaron de lo demás para presentar la demanda. Hasta los análisis que le mandó hacer a la *Morra* la doctora Melissa ayudaron a armar el expediente: el híg-

do de la perrita estaba severamente afectado por una bacteria desconocida. La croqueta que habían rescatado indudablemente contenía bacilos de Cántrax, aunque también tenía una mínima dosis de detergente de baja espuma.

Unas semanas después, un lunes, alguien tocó con los nudillos en la puerta chiquita de Gedeón Merino. Tres veces, luego otras dos. Esas eran sus instrucciones.

Cuando aquel hombre delgado salió a recibirlo le preguntó:

—¿El señor Gedeón Merino Valdez?

—¿Quién lo busca?

—De la Procuraduría de Justicia. Le traemos un citatorio.

Y ni siquiera le dio tiempo de negar que era él.

—Fírmele aquí de recibido.

Gedeón leyó el papel sobre la tabla del emisorio.

“Citatorio que se extiende al C. Gedeón Merino Valdez para que comparezca ante las autoridades de esta Procuraduría a declarar por las acusaciones en su contra por fraude en la prestación de servicios y por infracción contra la Ley de Protección a los Animales, el día...”

La mano llena de cicatrices firmó con un triste garabato.

19

Uno de esos días llegó por fin el mail de la doctora Louise... Smith. No explicaba por qué, pero decía que desde esa fecha iba a usar su apellido de soltera.

Para entonces ya llevaba yo más de una semana dándole a la *Morra* cada tarde como cuatro horas de vibraciones de platillos. Estaba bastante mejor, la verdad. Ya se paraba y medio caminaba al lado de la patineta, cuando Cristóbal la empujaba sobre el suelo, quedito. También empezaba a comer.

Hice una copia del mp3 de “Cymbals”, que era como una mezcla chafa de todos los platillos de la bataca; pero cuando se la entregué a Cristóbal, para que siguiera con el tratamiento, me salió con que: —Pues... no sé... Como que no le confío tanto a la grabación, a mí se me hace que funciona mejor la vibración directa. ¿No?

Se me hizo medio raro. La neta.

—No sé, la verdad es que me late más la batería. Ya vimos cómo ha mejorado la *Morrita* en esta semana, ¿no?

Bueno, pues llegamos a un acuerdo. La mamá de Cristóbal le pone el mp3 a la *Morra* en las mañanas y todas las tardes que yo no voy, y dos veces por semana, después de la escuela, yo voy a sonarle a los platillos. Ya tiene más de tres meses.

Lo raro es que dice Cristóbal que la doctora Melissa no ha dado de alta a la perra. ¡Si yo la veo muy bien! Ya hasta aprendió a hacer saltos mortales junto a la patineta. Pero dice Cristóbal que dice la doctora que tengo que seguir yendo hasta que la perra se cure completamente de su hígado. Y Cristóbal dice que cree que puede tardar varios meses más.

Quién sabe.

Helado de nuez y pistache, Motín en la escuela, Entre Molotov y Lady Gaga, Cántrax se terminó de imprimir el 28 de septiembre de 2012 en Talleres Gráficos de México, Av. Canal del Norte 80, colonia Felipe Pescador, 06280, México, D. F. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Nilda Ibarguren, analista correctora de estilo. El tiraje fue de 1 000 ejemplares impresos en papel bond ahuesado de 75 gramos y forros en cartulina cuché mate de 250 gramos. Se utilizaron las fuentes tipográficas Frutiger, Goudy y Bookman.

Esta obra se difunde en formato pdf en la Biblioteca Electrónica del Instituto Electoral del Distrito Federal desde el 15 de marzo de 2013



Instituto Electoral del Distrito Federal